

900-13

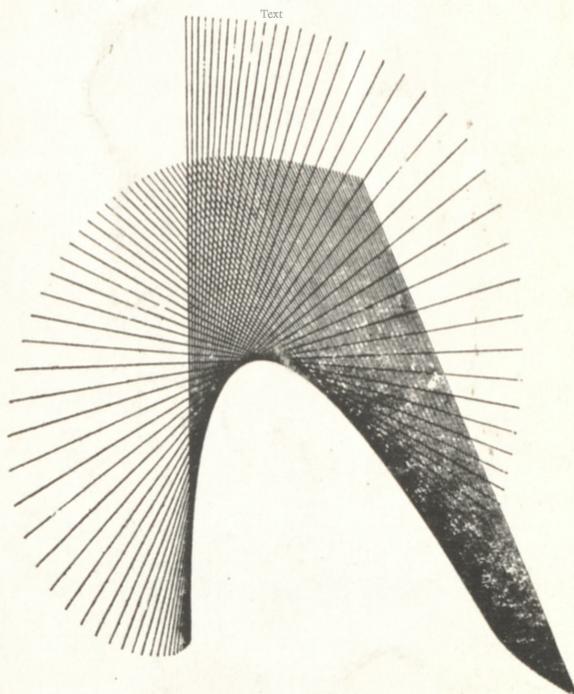
NUEVAS LECTURAS

DE HISTORIA

H
900-13
No.1
May.1988
ej.2

JEAN PIERRE MINAUDIER

FERNAND BRAUDEL O LA NUEVA HISTORIA



2855

Publicaciones del Magister en Historia
UPTC

900-13
ej. 2

H 000024336

Jorge Palacios Preciado

Jean Pierre Minaudier

Comité Editorial

JORGE PALACIOS PRECIADO

JAVIER OCAMPO LOPEZ

INES PINTO ESCOBAR

PEDRO GUSTAVO HUERTAS RAMIREZ

**FERNAND BRAUDEL
O LA NUEVA HISTORIA**



Nuevas Lecturas de Historia

No. 1

Comité Editorial

JORGE PALACIOS PRECIADO
JAVIER OCAMPO LOPEZ
INES PINTO ESCOBAR
PEDRO GUSTAVO HUERTAS RAMIREZ

FERNAND BRAUDEL
O LA NUEVA HISTORIA

Pedidos:

Programa de Magister en Historia UPTC
Claustro de San Agustín
Cra. 8a. entre Calles 23 y 24
Apartado Aéreo 1094 Tel.: 424336
Tunja, Boyacá, Colombia

Jean Pierre Minaudier

Primera Edición: Mayo de 1988

Diseño de la Contraportada:
Ing. Geog. Jorge Gómez

Tabla de Contenido

JEAN PIERRE MINAUDIER
**FERNAND BRAUDEL
O LA NUEVA HISTORIA**

	Página
Fernand Braudel	9
i. El Historiador y las Ciencias Sociales	10
ii. Evolución Global y Larga Duración	14
iii. Economía y Civilización	19
iv. Influencia de Braudel	27
v. Origen de las Crises	30



Publicaciones del Magister en Historia
Escuela de Posgrado de la Facultad de Educación
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia
Tunja, Boyacá, Colombia

1988

IMPRESO EN LA EDITORIAL DE LA UPTC - TUNJA - COLOMBIA

Jean Pierre Minaudier

Primera Edición: Mayo de 1988

Dibujo de la Contraportada:
Ing. Geog. Jorge Gómez

JORGE PALACIOS PRECIADO
JAVIER CAMPO LOPEZ
INES PINO ESCOBAR
PEDRO GUSTAVO HUERTAS RAMIREZ

FERNAND BRAUDEL O LA NUEVA HISTORIA



Publicada por

Editorial de la Historia
Escuela de Postgrado de la Facultad de Educación
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia
Tunja, Boyacá, Colombia

IMPRESO EN LA EDITORIAL DE LA UPTC — TUNJA — COLOMBIA

Presentación Tabla de Contenido

Tres lustros atrás, la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, UPTC, comenzó el primer proyecto de especialización en el campo de la Historia, a nivel de estudios de Posgrado. Con una sola promoción --la correspondiente a los años de 1973 y 1974--; esta corta experiencia sentó las bases para la creación de un programa de maestría que a partir del año de 1985 tendrá nuevo rumbo.

	Págs.
Fernand Braudel o la Nueva Historia	9
I. El Historiador y las Ciencias Sociales	10
II. Evaluación Global y Larga Duración	14
III. Economía y Civilización	19
IV. Influencia de Braudel	27
V. Origen de las Citas	30

Y en lo concerniente a la divulgación, aquel período aportó también las primeras publicaciones seriales: *Revista de Historia* y *Lecturas de Historia*, en las que intervinieron historiadores nacionales y extranjeros con temas sobre

Historia y Sociología de Fernand Braudel	33
--	----

ANEXO

una variada gama de problemas históricos y metodológicos de nuestro acontecer social. Pierre Vilar, David Bushnell, Leopoldo Zizek, Francisco Miró Quesada, Stanley R. Ross, Eduardo Arce Fariñas, Moisés González Navarro, Elise Pino Iturriza, Robert C. Eddy y Juan Friede, Darío Fajardo, Orlando Fals Borda, Diego Mantilla Cuellar, Jorge Palacios Preciado y Juan A. Villamarín, todos ellos dejaron en páginas envidiosas el fruto de su dedicación y de su estudio. Sus importantes trabajos tuvieron una amplia acogida, por parte de la comunidad de profesores y estudiantes, en las universidades y planteles educativos de nuestro país.

El Programa del Magister en Historia de la UPTC retoma ahora aquella valiosa experiencia, poniendo en manos de los estudiantes las *Nuevas Lecturas*

Primera Edición: Mayo de 1986

Publicado por la UPTC
Bogotá, Colombia, 1986

Tabla de Contenido

JEAN PIERRE MINAUDIER

págs.	
8	Primer estudio: la Nueva Historia
10	I. El Historiador y las Ciencias Sociales
14	II. Evaluación Global y Largo Duración
19	III. Economía y Civilización
27	IV. Influencia de Braudel
30	V. Origen de las Cites

ANEXO

33	Historia Sociológica de Fernand Braudel
----	---

de Historia, en edición ágil y accesible a todos los presupuestos. Significativamente, iniciamos esta etapa con la disertación del profesor J. P. Minaudier sobre "Fernand Braudel o la Nueva Historia", como homenaje al gran historiador francés, cuyo impacto renovador ha dado un vuelco a los estudios y a las investigaciones en Colombia.

Todos los números de las "Nuevas Lecturas de Historia" incluirán en anexos documentos de primera mano relacionados con los estudios publicados. En esta entrega anexamos el capítulo sobre "Historia y Sociología", el cual hace parte del libro de "Historia y Ciencias Sociales".

Presentación

Tres lustros atrás, la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, UPTC, acometió el primer proyecto de especialización en el campo de la Historia, a nivel de estudios de Posgrado. Con una sola promoción —la correspondiente a los años de 1973 y 1974—, esta corta experiencia sentó las bases para la consolidación del Magister en Historia que a partir del año de 1986 tomó nuevo rumbo.

En el lapso transcurrido entre estas dos épocas, con laboriosa constancia y acrisolado pulso, se fue estableciendo la infraestructura que hoy puede ofrecer el Programa para la investigación científica. El inventario y el acopio de los documentos históricos y notariales en el Archivo Regional de Boyacá, en las remodeladas instalaciones del Claustro de San Agustín, crearon unas condiciones sin precedentes para los jóvenes profesionales que en la actualidad adelantan sus proyectos de investigación, después de una previa formación historiográfica y de su capacitación para el manejo de la documentación con recursos metodológicos y técnicos aplicables al campo de la historia.

Y en lo concerniente a la divulgación, aquel período aportó también las primeras publicaciones seriadas de Cuadernos y Lecturas de Historia, en las que intervinieron historiadores nacionales y extranjeros con temas sobre historiografía contemporánea e historia de las ideas en América Latina, junto a una variada gama de problemas históricos y metodológicos de nuestro acontecer social. Pierre Vilar, David Bushnell, Leopoldo Zea, Francisco Miró Quesada, Stanley R. Ross, Eduardo Arcila Farías, Moisés González Navarro, Elias Pino Iturrieta, Robert C. Eidi y Juan Friede, Darío Fajardo, Orlando Fals Borda, Diego Montaña Cuellar, Jorge Palacios Preciado y Juan A. Villamarín, todos ellos dejaron en páginas enjundiosas el fruto de su dedicación y de su estudio. Sus importantes trabajos tuvieron una amplia acogida, por parte de la comunidad de profesores y estudiantes, en las universidades y planteles educativos de nuestro país.

El Programa del Magister en Historia de la UPTC retoma ahora aquella valiosa experiencia, poniendo en manos de los estudiosos las Nuevas Lecturas

de Historia, en edición ágil y accesible a todos los presupuestos. Significativamente, iniciamos esta etapa con la disertación del profesor J. P. Minaudier sobre "Fernand Braudel o la Nueva Historia", como homenaje al gran historiador francés, cuyo impacto renovador ha dado un vuelco a los estudios y a las investigaciones en Colombia.

Todos los números de las "Nuevas Lecturas de Historia" incluirán en anexos, documentos de primera mano relacionados con los estudios publicados. En esta entrega anexamos el capítulo sobre "Historia y Sociología", el cual hace parte del libro de Fernand Braudel: **Historia y Ciencias Sociales**, con el fin de que los lectores se pongan en contacto directo con sus propios planteamientos.

Pedro Gustavo Huertas Ramírez
Coordinador del Magister
en Historia UPTC

Fernand Braudel o la Nueva Historia

JEAN PIERRE MINAUDIER
Escuela Normal de París

"Tal vez porque soy un hombre del Norte me enamoré profundamente del Mediterráneo al descubrirlo"¹.

Fernand Braudel, nacido cerca de Bar-le-Duc, en el Nordeste de Francia, en el año de 1902, e hijo de un maestro de escuela que años después se radicó en París, tuvo la experiencia más importante de su vida, cuando después de terminados sus estudios con la "Agregación" en 1923, se fue a enseñar historia durante 9 años (1924—1932) en un Liceo de Argel, entonces cabecera de un departamento francés. Aquí descubrió el Mediterráneo, sus viejas civilizaciones, sus nómadas y trashumancias, sus tradiciones milenarias. Después de unos pocos años en París, pasó tres años en Brasil (1935—1938), donde encontró a Claude Levi-Strauss, amplió su visión del mundo, descubrió el peso de las estructuras coloniales y de las dependencias frente a los países más desarrollados. De 1937 a 1939 fue director de estudios en la Escuela Práctica de Altos Estudios (E.P.H.E.), feudo de la primera generación de la escuela de los Anales, con Marc Bloch y Lucien Febvre.

Durante todos esos años pasó su tiempo libre trabajando en los archivos del Mediterráneo, incluso los más remotos (Dubrovnik, Istanbul); a su tesis le tocó redactarla casi sin apuntes, en cuadernos prestados por su amigo Lucien Febvre, en campos de prisioneros alemanes en Mainz y Lubeck donde pasó toda la guerra. Sostuvo su tesis en 1947; la publicó en 1949; desde entonces apareció como un gran innovador en el campo histórico. Fue electo en 1949 en el Colegio de Francia, máxima Institución Universitaria Francesa; el reconocimiento definitivo de su genio vino solo en el crepúsculo de su vida con la elección en la Academia Francesa en 1984; aún apenas un año después y en plena actividad, falleció brutalmente a finales de noviembre de 1985, a los 83 años.

La carrera de Fernand Braudel no es el itinerario clásico de un intelectual francés. No fue alumno de la Escuela Superior de la Rue d'ULM, como Soustelle, Sartre o Aron; se quemó más de 10 años en la enseñanza secundaria; nunca fue elegido como profesor en la Sorbona, que era entonces más que nunca el templo de una historia muy tradicional. Pero ingresó muy temprano, a los 47 años, al Colegio de Francia.

Además, no fue un solitario, un revolucionario, sino en gran medida un heredero. Ya en los años 30 existía la revista de los *Anales* fundada en el año 29, y aún antes otras revistas; a partir de la revista de Síntesis Histórica de Henri Berr, aparecida en el año 1900, promovían una historia progresista, nueva. Fernand Braudel heredó la dirección de los *Anales* en 1946, después de la muerte trágica de Marc Bloch, fusilado por los nazis, por judío. A la muerte de Lucien Febvre en 1956, heredó su cátedra de historia moderna en el Colegio de Francia y la dirección de la sección de Ciencias Sociales de la E.P.H.E. (Escuela Práctica de Altos Estudios).

Braudel publicó poco. Su obra se podría reducir sin problemas en dos libros: el primero es su tesis: **El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II**, típica tesis francesa a lo antiguo que consta de dos tomos y 1.200 páginas. El segundo **Civilización Material, Economía y Capitalismo en los Siglos XV a XVIII**, de tres tomos y de 1.700 páginas, recoge la suma de 25 años de enseñanza en el Colegio de Francia y de los logros de la ciencia histórica hasta 1978, fecha de su aparición.

Además, se han recogido algunos artículos importantes, —aunque a Braudel no le gustaba mucho publicar escritos historiográficos sin ilustrarlos con trabajos más concretos—, en **Historia y Ciencias Sociales** aparecido en 1969; tres conferencias dictadas en Estados Unidos en 1977 se han publicado bajo el título **La Dinámica del Capitalismo**. Braudel también publicó o dirigió unos libros de arte, sobre **El Mediterráneo** (2 tomos): **Venecia, El Mundo en la Época de Jacques Cartier** y un muy buen manual de bachillerato: **Las Civilizaciones Actuales**.

Cuando murió, estaba trabajando en una gran historia de Francia, cuyo tomo primero acaba de publicarse (febrero de 1986) en París bajo el título **L'Identité de la France**; es el único libro de Braudel que aún no haya sido traducido al castellano. Desgraciadamente no lo hemos podido consultar todavía; por lo cual quedará fuera del presente estudio. Los otros tres tomos tienen poca probabilidad de publicarse algún día.

I EL HISTORIADOR Y LAS CIENCIAS SOCIALES

Tal vez el cambio que introdujo Braudel en el campo de las relaciones entre la historia y demás ciencias sociales sea lo de su obra que ahora pare-

ce más evidente: tal vez también fue su más profunda y lograda revolución y por eso mismo nos parece más evidente.

En la época en que Braudel empezó a escribir su tesis sobre el Mediterráneo, la historia tradicional muy mayoritaria y que reinaba en la Sorbona y las demás Universidades, se preocupaba básicamente por los eventos, en los campos militar y político, la vida de los Papas, de los Reyes, Emperadores y Próceres, con mucha retórica y lirismo. Eran los herederos directos de la historia romántica y romantizada de Michelet, la que llamaron después la historia "al estilo Seignobos" según el nombre de uno de los caciques de la Sorbona de entonces. Además, se daba una máxima compartimentación de las distintas ciencias del hombre, tanto en el campo de las revistas, de las publicaciones, como en las universidades. Incluso el mismo Braudel empezó su tesis con un sujeto muy clásico de historia diplomática: "Felipe II y el Mediterráneo", estudio de la política exterior española fuera del dominio americano, a finales del siglo XVI.

Pero desde entonces, Braudel se dio cuenta que no era posible analizar correctamente una realidad histórica sin atender a todos sus aspectos, tanto en el campo político y militar como en los campos sociológico, religioso, antropológico, psicológico, etc. ... Entonces, Braudel invirtió el título de su tesis y la convirtió en un estudio del Mediterráneo en la época de Felipe II, donde estudió unos espacios, unas sociedades, unas economías, etc. ... en determinada época, quedando Felipe II sólo como un cómodo punto de referencia cronológica. De esta inversión simbólica se puede fechar sin duda el nacimiento de la historia moderna en Francia.

Cabe señalar que Braudel en eso no fue un innovador aislado. Antes de su tesis ya la primera generación de los historiadores de los *Anales* había empezado a trabajar de manera distinta a la historia tradicional. Unos historiadores habían empezado a estudiar los fenómenos económicos, como F. Simiand o Ernest Labrousse, cuyo libro sobre **El Movimiento de los Precios en Francia en el Siglo XVIII** data de 1937. En otras direcciones, Marc Bloch, para quien todo era historia, hasta "el tamaño de una sementera, la forma de un techo", estudiaba la moneda y las técnicas a través de la historia; y del estudio de Lucien Febvre sobre **Rabelais y el Problema de la Increencia en el Siglo XVI** se puede decir que anuncia la historia de las mentalidades.

Para Braudel fue particularmente importante la labor de la Escuela Geográfica Tradicional Francesa, (con Elisée Reclus, Vidal de la Blache, Dion), que dió obras tan importantes como la **Geografía Universal** en más de 30 volúmenes, o el **Cuadro Geográfico de Francia**. Fueron ellos los primeros que insistieron en la importancia de la percepción del espacio en el estudio de las realidades históricas (importancia de las distancias, de los

obstáculos naturales) y también los primeros que descifraron rastros del pasado en el paisaje actual, como las vías y catastraciones romanas en Provenza y Alsacia. Tuvieron en su época un papel parecido al de las Ciencias Sociales en nuestro tiempo. Braudel pudo escribir sin paradoja que "el cuadro geográfico de Francia", aparecido en 1903 en el umbral de la gran historia de Francia de Ernest Lavisse, constituye una de las obras más importantes de la escuela histórica francesa.²

Entonces, el **Mediterráneo** pasó a ser ante todo la historia de un espacio más o menos autónomo, cerrado entre sus desiertos y sus océanos y donde el Mediterráneo mismo desempeña el papel de lazo entre países, pueblos, paisajes diferentes; en efecto, para Braudel el Mediterráneo nunca fue un obstáculo, más bien un puente líquido que los hombres cruzaron desde épocas prehistóricas. También el libro estudia los lazos de este espacio con los que lo rodean: Sahara y África negra, Asia menor, interior y norte de Europa, Atlántico... consagra capítulos al estudio de las barreras que el espacio impone a los hombres (por ejemplo, la duración de los viajes, su paro casi completo en los largos meses del invierno); de las determinaciones ecológicas: las grandes masas continentales como España, los puentes de islas como el mar Egeo o entre Italia y Tunecia y también esas "Islas Continentales" aisladas por el desierto como el Rif en África del Norte; la influencia del relieve sobre las sociedades y las civilizaciones, como en el caso de España, las diferencias entre Vasconia aislada y medieval, la meseta desértica e imperial de Castilla, las huertas bajas y aún casi árabes de Valencia, los puertos dinámicos y abiertos al mundo como Sevilla y Barcelona y, finalmente, los lazos entre estos diferentes espacios como la transhumanza y la emigración de los montañeses (marineros vascos) e isleños (córcegos)...

Para Braudel, antes del siglo XIX la historia de los hombres antes que todo es la de la dominación paulatina de un espacio muy amplio para ellos; y es claro que aún en nuestro tiempo, aunque Europa ya es un continente muy pequeño y muy poblado, ese rasgo queda cierto para el caso de continentes subpoblados como Suramérica.

Pero la ambición de Fernand Braudel no se limita al campo de la geografía, sino que él quiere asimilar a la historia todas las ciencias del hombre, no solo las que inventaron en los últimos 150 años y que llamaron "Ciencias Humanas", sino también "epigrafía griega, filosofía, biología y hasta la ciencia de los sondeos electorales"³; lo que quiere crear es un "mercado común de las ciencias del hombre" (él escribe pocos años después de la creación del Mercado Común Europeo).⁴

Braudel reconoce que en este propósito hay algo de imperialismo por parte del historiador, lo que empero no es malo. Critica el hecho "que las ciencias

sociales, por gusto, por instinto profundo y quizá por formación, tienen siempre tendencia a prescindir de la explicación histórica"⁵. En la manera como se practicaban en su tiempo las creencias sociales, critica dos tendencias.

Prima una tendencia a creer que las estructuras estudiadas son inmortales, aunque en realidad siempre se inscriban en el transcurrir del tiempo: "de hecho ningún estudio social escapa al tiempo de la historia"⁶. Citando a su discípulo Philippe Ariés, historiador de la muerte, insiste en la importancia del factor sorpresa que intuye el alejamiento en el tiempo histórico, para el planteamiento de los problemas: "se tropieza uno en el siglo XVII con una extrañeza; extrañeza por uno que es hombre del XX. Por qué esta extrañeza? El problema está planteado". (La cita es de Ariés).

Critica también una tendencia a trabajar siempre sobre lo más contemporáneo. En particular, critica a las encuestas sociológicas "prisioneros de un presente irreal en virtud de su excesiva brevedad"⁷ que son para él lo equivalente de la historia al estilo Seignobos. Critica también mucho a los economistas: "a los historiadores les corresponde, dicen los economistas, remontarse más allá de 1945, en búsqueda de viejas economías, pero al aceptar esta restricción, los economistas se privan a sí mismos de un extraordinario campo de investigación, del que prescinden por su propia voluntad, sin por ello negar su valor. El economista se ha acostumbrado a ponerse al servicio de lo actual, al servicio de los gobiernos"⁸. Además les reprocha a los economistas olvidarse del hombre y una de las razones que le hicieron interesarse al siglo XVI fue que "le condenaba a lo concreto"⁹.

No es que quiera anexar todas las ciencias del hombre a la historia, más bien habla de "asimilar la historia a las otras ciencias sociales"¹⁰; hacer de la historia una dimensión necesaria, pero no privilegiada, de las ciencias sociales. En una entrevista, publicada días después de su muerte, calificaba su gran obra **Civilización material, economía y capitalismo**, de "economía retrospectiva"¹¹.

Insiste particularmente en la necesidad de modelizar la historia sobre el modelo de las demás ciencias del hombre, particularmente la economía; aunque siempre hay en la investigación un modelo implícito ("también el mapa geográfico es un modelo")¹², la modelización debe ahora ser explícita, para encontrar un lenguaje común. Eso lo logrará con éxito en su segundo gran libro. Pero el historiador también está aquí para recordar que el modelo se inscribe a su vez en la historia, que ningún modelo es eterno ni ubicuo. Fernand Braudel, que fue muy criticado junto a toda la escuela de los "Annales" por el Partido Comunista francés hasta los años 70, critica el modelo marxista tal como lo aplican en el siglo XX, aunque al mismo tiempo reconoce cierta deuda frente a Marx: "el genio de Marx, el secreto de su prolonga-

do poder, proviene de que fue el primero en fabricar verdaderos modelos sociales y a partir de la larga duración histórica. Pero esos modelos han sido inmovilizados en su sencillez, concediéndoseles un valor de ley, de explicación previa automática, aplicable a todos los lugares, a todas las sociedades"13. "Casi puedo añadir que el marxismo de hoy me parece ser la imagen misma del peligro que ronda a toda ciencia social, enamorada del modelo en bruto, del modelo por el modelo"14.

El esfuerzo de Braudel en este sentido ha sido un éxito completo. "La historia se ha dedicado (...) a captar todos los hechos de repetición como los singulares, tanto las realidades conscientes como las inconscientes. A partir de entonces, el historiador ha querido ser y se ha hecho economista, sociólogo, antropólogo, demógrafo, psicólogo, lingüista"15. "La historia ha pretendido ser (...) una imposible ciencia global del hombre"16. En el interior de su campo (el pasado), (la historia) representa las ciencias humanas. Pero dónde se detiene el pasado? "Así mismo, las otras ciencias tienen ahora el derecho de penetrar el campo del pasado, "en nombre de la repetición"17. En este proceso tuvo mucha importancia la revista de Braudel, que de **Anales de Historia Económica y Social** antes de 1945 pasó a llamarse **Anales Económicos, Sociales, Civilizaciones**, título Braudeliano si los hay, cuando Braudel tomó su dirección.

II EVALUACION GLOBAL Y LARGA DURACION

Braudel era antes de todo un historiador de lo global, de los grandes conjuntos que abarcan al mundo entero y a varios siglos. No era el hombre de minuciosos estudios regionales, de monografías sobre algún pueblo o algún producto de la economía... El dijo en una ocasión: "es por ejemplo, lo que me diferencia de mis discípulos. Cada uno de ellos se interesó por un campo particular. A mí, lo que siempre me gustó fue cogerlo todo en una mano"18. Le gustaba mucho hacer comparaciones multiseculares entre distintas civilizaciones, lo que llamaba "la evaluación global" ("la pesée globale"), algo como poner cada una de las civilizaciones en los dos platos de una libra y ver lo que sucede. Por ejemplo, dijo en su libro sobre **Civilización Material, Economía y Capitalismo**, que si se toma en consideración los dos milenios antes de la revolución industrial, una China equivale a un Mediterráneo, tanto del punto de vista de la superficie de esos dos espacios de civilización, como del punto de vista de su población (el número de hombres es casi el mismo), de sus logros técnicos, de su grado de refinamiento. Esas grandes comparaciones anulan el paso del tiempo y de los eventos, a favor de verdades más eternas, más hondas, más humanas.

De una manera general, Fernand Braudel critica la pequeñez de la historia tradicional "al estilo Seignobos", no solo desde el punto de vista de su

estrechez metodológica, como lo hemos visto en la parte anterior, sino también por su percepción del tiempo.

"La historia tradicional atenta al tiempo breve, al individuo y al acontecimiento, desde largo tiempo nos ha acostumbrado a su relato precipitado, dramático, de corto aliento"19. Esta historia, la llama (después de Simiand) "historia de los acontecimientos" (histoire événementielle) y para él no tiene nada de científico sino que es puro "relato" o "recitativo", que llega a llamar "periodismo". En esta historia centrada en los acontecimientos critica principalmente dos aspectos.

El primero es que los acontecimientos, a pesar de ser lo que se percibe primero, lo que se recoge en las crónicas, lo que más afecta a los contemporáneos, no representa lo real; al menos lo esencial en la historia; y critica severamente la fórmula del historiador alemán decimonónico Ranke, según el cual la historia debe estudiar "las cosas tal y como realmente acaecieron", pues no existe una realidad única de los hechos históricos y desde luego no puede ser la que percibieron los contemporáneos. "El acontecimiento es explosivo, tonante, echa tanto humo que llena la conciencia de los contemporáneos; pero apenas dura, apenas se advierte su llama"20. Lo compara también a la espuma de las olas, al vuelo de las luciérnagas en las noches de Brasil, cuyo resplandor es ilusorio y no dura. Para él, el tiempo de los eventos es un "tiempo corto, a medida de los individuos, de la vida cotidiana, de nuestras ilusiones, de nuestras rápidas tomas de conciencia"21, que no puede ser el tiempo de una investigación científica.

El segundo aspecto que critica es la teoría de los "grandes eventos": cada evento, por aparentemente humilde que sea, puede ser considerado el centro de la historia si se remonta a sus causas y se detalla a sus consecuencias. Además, algunos eventos que se suelen considerar muy importantes, son puras creaciones de la historiografía posterior: así como la toma de Bizancio por los turcos en 1453 y la consiguiente desaparición del imperio Romano Oriental, que tiene fuerte carga simbólica, ha sido escogida a veces como la frontera entre el medioevo y el renacimiento; pero en su época no tuvo ninguna importancia, pues fue el final de un Estado minúsculo (200 Km.²), ya totalmente invadido por los turcos hacía más de 50 años y que había dejado de desempeñar cualquier papel importante en la historia de Occidente desde la toma de Bizancio por la cuarta cruzada en 1204.

Entonces existen varios tiempos, varias dimensiones de la historia y el tiempo de los eventos que no es sino uno de los más falaces. Claro que antes de la aparición de la tesis de Braudel, hubo una primera alteración de este tiempo, con la aparición del tiempo cíclico de los historiadores de la economía: "el tiempo del "trend" secular, del ciclo semiseccular del economista ruso Kondratiev, que trabajó en los años 20 y 30, el ciclo más corto de

Juglar... Además los economistas introdujeron en la historia la idea de cuantificación, es decir, el rechazo a lo único, al evento particular, a favor de lo plural, de las series.

Pero Braudel destaca que si se usa este tiempo por sí solo, como una nueva verdad de la historia, si se trata de encerrar el devenir del hombre en ciclos siempre recomenzados, se corre el riesgo de caer en otro "recitativo" no mejor que el de las listas de Reyes y Papas, aunque reemplaza el recitativo anual de las crónicas por un tiempo dividido en secciones más amplias, pero tan artificiales. Además él critica la falta de lazos entre el tiempo cíclico de los economistas y el tiempo del relato evenemencial, aunque los dos deben de influir mutuamente.

Lo que piensa Braudel y que va a aplicar de manera brillantísima en su libro sobre el Mediterráneo, es que hay que añadir una tercera medida del tiempo histórico, lo que él va a llamar "larga duración", y que ninguna historia se puede hacer sin abarcar en el mismo tiempo a esos tres tiempos diferentes y complementarios.

Durante los 9 años que pasó en Argel, Braudel descubrió, como en el campo literario Carlo Levi (*Il cristo si è stavato a Eboli*) ó Laurence Durrel (*El cuarteto de Alejandría*) lo hicieron en la misma época, la existencia de un Mediterráneo que casi no ha cambiado desde los tiempos más remotos, que sigue pareciéndose increíblemente a las descripciones que hicieron Virgilio, Ovidio u Homero. Ese descubrimiento fue el gran choque de su vida. Piénsese en esos nómadas beréberes de Numidia, nietos de Masinisa; en esos pastores del sur de Italia que llevan sus ovejas por rutas que no cambiaron desde las églogas antiguas, en esas técnicas como la noria, el arado romano, en costumbres alimenticias imperecederas como la famosa tripartición trigo, vino, olivo...

A partir de ello, Braudel percibe "la necesidad de una historia casi inmóvil, la historia del hombre en sus relaciones con el medio que lo rodea; historia lenta en fluir y transformarse, hecha no pocas veces de insistentes reiteraciones y de ciclos incesantemente reiterados"²², una historia "casi situada fuera del tiempo, en contacto con las cosas inanimadas"²³. En el siglo XVI hay partes enteras del mundo que todavía no conocen sino este tipo de historia, donde aparentemente no pasa nada.

Esta historia se ha nombrado a veces "historia inmóvil", pero Braudel insiste también en que a pesar de ser muy lenta en su transcurrir, no lo es totalmente: hay evoluciones, si bien muy lentas, como la conquista de Europa por el maíz y las papas en los siglos XV a XVIII; y también de vez en cuando ocurren catástrofes repentinas, como lo es para la cuenca del Mediterráneo la conquista romana, para toda América la conquista española.

Braudel tiende a minimizar mucho el peso de lo indio en la América actual; para él hay un conjunto de países que van "desde Vladivostock hasta la tierra del fuego"²⁴, cuya civilización es básicamente europea, aunque quedan algunas manchas aisladas pre-europeas que no tienen mayor significación a escala continental.

Para Braudel, esa es la parte más importante de la historia, pues constituye su telón de fondo y condiciona los demás aspectos, incluso los eventos más sobresalientes. Destaca la importancia de las condiciones geo-ecológicas, de las rutas terrestres y marítimas, las etapas (para él, una de las causas principales del brillo de Francia en los siglos XII y XIII fue la presencia en el territorio de este reino de las ferias de Champagne, que constituían el lazo privilegiado entre las ricas regiones del norte de Europa (Flandes) y del sur (Italia Septentrional), los obstáculos; influencia también de las estaciones y de las variaciones del clima. Otra influencia es la de la demografía: hay países superpoblados que brindan hombres a todos los que lo rodean; carne de cañón de los soldados suizos tan importantes en las batallas de Marignano (1515) y Pavia (1522) o astutos emigrados córcegos que se encuentran desde Francia hasta Egipto; hay también países subpoblados como Francia, o Portugal que se agota literalmente tratando de conquistarse un imperio colonial desproporcionado y que después, frente a los países nórdicos mejor dotados en hombres, pierde sus colonias en India (salvo Goa) y Extremo Oriente (salvo Timor y Macao) y está a punto de perder también Brasil frente a los Neerlandeses en el siglo XVII... Importantísimas son también las condiciones técnicas y culturales: las técnicas fundamentales, lo que se come, se bebe, se cultiva, lo que se busca afanosamente también (a finales del medioevo y en el renacimiento, la moda de las especies llegó a plantear problemas parecidos a los de la drogadicción actualmente). Así existen dos Mediterráneos, uno cristiano y el otro musulmán, y la frontera entre los dos es casi la misma que la que separaba en la antigüedad el Mediterráneo romano y el Mediterráneo griego.

En la obra de Braudel, la idea de larga duración está ligada con la idea de estructura: lo que más dura es lo que liga, que pesa, que limita al hombre. "Para nosotros los historiadores una estructura es indudablemente un ensamblaje, una arquitectura, pero más aún, una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar. Ciertas estructuras están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones; obstruyen la historia, la entorpecen y por lo tanto determinan su transcurrir. Otras por el contrario, se desintegran más rápidamente. Pero todas ellas construyen al mismo tiempo, sostienen y obstaculizan. En tanto que obstáculos se presentan como límites de los que el hombre y sus experiencias no pueden emanciparse. Piénsese en la dificultad de romper ciertos marcos geográficos, ciertas realidades biológicas, ciertos límites de la productividad y hasta coacciones espirituales"²⁵. "El hombre es prisionero

nero, desde hace siglos, de los climas, de las vegetaciones, de las poblaciones animales, de las culturas, de un equilibrio lentamente construido" (que no hay que confundir con el peso de las leyes naturales), "del que no puede apartarse sin correr el riesgo de volverlo a poner todo en tela de juicio"²⁶.

Esas estructuras son lo que hay de más sólido en la historia. La incorporación de bienes culturales ajenos, tan fácil normalmente, cesa a partir del momento en que hay riesgo de tocar a las estructuras básicas de una civilización. El tiempo avanza de manera innegable en los distintos campos de la civilización y un modo de vida, una técnica, puede sobrevivir a un imperio, una sociedad, una cultura. "Ciertamente, las civilizaciones son mortales en sus floreceres más exquisitos, pero estas rupturas son más escasas, más espaciadas de lo que se puede creer. Y sobre todo, no lo destruyen todo por igual. Quiero decir que en una área determinada de civilización, el contenido social puede renovarse por entero dos o tres veces, sin por ello alcanzar ciertos rasgos profundos de estructuras que permanecerán como poderosos distintivos de las otras civilizaciones vecinas"²⁷. Así las técnicas de riego en las huertas de España, sobreviven a la conquista musulmana y después a la reconquista cristiana; aún en el siglo XIX sobreviven creencias precristianas en Francia (culto a las piedras, a los animales); en Colombia ciertos rasgos indígenas (vestido, etc.) sobreviven a la desaparición casi completa del mundo indio.

Pero si Braudel insiste mucho en sus escritos teóricos sobre la larga duración, porque es su logro más inédito y porque es el tipo de historia que más le gusta, él insiste también en que una historia, para ser completa, también debe abarcar el tiempo de la coyuntura y el de los eventos.

Así, habiendo estudiado las estructuras de larga duración en la primera parte de su tesis, Braudel consagra la segunda parte a la coyuntura de finales del siglo XVI. En el dominio económico, el más estudiado y en el que la noción de coyuntura es la más obvia, él dibuja un "trend" secular en aumento desde 1470 hasta 1590 y después en baja hasta 1650. El siglo XVI es una época de prosperidad para el Mediterráneo antes de las catástrofes de principios del siglo XVII; es también el último período donde el viejo mar europeo es el eje del mundo: a partir de 1590 este eje pasa a ser el Atlántico, con un siglo de retraso respecto al descubrimiento de América. Pero también para Braudel hay coyunturas en los dominios extra-económicos, en los imperios, las sociedades, las civilizaciones, las formas de la guerra. En el dominio político, el conjunto de regímenes revolucionarios que gobiernan Francia entre el 1789 y el 1815, y que modelan la política de la Europa de entonces, forman un ciclo, pues tienen su unidad ideológica y formal (la república continúa teóricamente hasta 1815; aunque Napoleón es Emperador, el personal político es el mismo) y se diferencian de manera muy clara de los regímenes que preceden y de los que siguen.

La tercera parte de la tesis, tan importante como las dos primeras, por el número de páginas, es la más clásica, la de los acontecimientos, de las guerras, los reyes, los Papas. "Una historia global no se puede limitar solo al estudio de las estructuras estables y el lento proceso de la evolución: esto no es lo universal"²⁸. El tiempo de los contemporáneos no se puede olvidar: "como espectadores y actores que eran de la escena del siglo XVI, tanto en el Mediterráneo como fuera de él, se sintieron, con razón o sin razón, partícipes de un drama vivo que antes de cualquier cosa consideraban como su drama. Que este solo haya sido una ilusión es probable más que probable. Pero esta ilusión, este sentimiento de estar presentes y ser testigos de un espectáculo universal, dio en no poca medida sentido a sus vidas"²⁹.

Pero los tres tiempos de la historia forman un conjunto: si el acontecimiento es la espuma, la coyuntura es la ola, la larga duración es el mar. "Larga duración, acontecimiento, coyuntura, se ajustan sin dificultad puesto que todos ellos se miden en una misma escala"³⁰, la de una historia global. En una entrevista recién publicada, Braudel toma el ejemplo de la batalla de Lepanto (1571), sin duda el evento más importante de la historia del Mediterráneo en el reino de Felipe II, que marca el fin del avance turco, que años antes llegó a amenazar Viena y el fin de la potencia marítima islámica. En la primera parte mostró que todas las batallas entre cristianos y musulmanes se dan en la inmutable frontera entre Mediterráneo occidental y oriental: es una estructura de larga duración. Lepanto, situada en el noroeste de la Grecia actual, está muy cerca de Actium. En la segunda parte de su tesis, dice él mismo: "traté de demostrar que la cristiandad y el islam solo pelean en períodos de depresión económica. El otro es el malo, el diablo, el infiel... cuando las cosas salen mal"³¹ y en efecto, 1571 es un período de crisis tanto para los cristianos como para los musulmanes. Finalmente, la tercera parte destaca el papel personal del gran personaje de la batalla, Don Juan de Austria, pero ese gran capitán es también un producto de su siglo, que "ya no produce Santos, sino héroes militares"³², y el retroceso del islam es un proceso mucho más amplio y progresivo que una mera derrota militar.

III ECONOMIA Y CIVILIZACION

Las reflexiones de Braudel sobre las civilizaciones le vienen de los cursos sobre historia moderna de Europa que profesó en el colegio de Francia desde 1956, hasta su júbilo, pero también de un azar. Lucien Febvre que era director de una colección histórica "Destinos del Mundo", le confió el volumen sobre la historia económica de los siglos XV a XVIII, mientras él mismo se reservaba la historia del pensamiento y de las creencias, que a Braudel le hubiera gustado sin duda mucho más. (Febvre murió sin alcanzar a publicar su libro, y el libro de Braudel finalmente se publicó aparte).

Muy de pronto, Braudel se quedó insatisfecho con la concepción clásica de la historia económica, que le pareció muy estrecha. Niega que la economía sea "una realidad homogénea a la que es posible sacar de su contexto y a la que se puede, se debe medir en sí misma, pues nada es inteligible salvo el número"³³. La historia económica "es la historia de los hombres, contemplada desde cierto punto de vista"³⁴, con sus actores (Jacques Coeur, los Fugger...), sus grandes acontecimientos (las bancarrotas de Felipe II), su coyuntura, y "la historia masiva y estructural que evoluciona lentamente a lo largo de amplios períodos"³⁵: es una dimensión de la historia, y de la historia entera. Además Braudel critica los que quieren aislar el desarrollo de la economía de Europa Occidental del resto del mundo, a partir del siglo XVI. Entonces no hay para Braudel una sino varias economías, que forman lo que llama una "casa de tres pisos"³⁶. Claro que el paso de un país al otro en la realidad es insensible; pero hay cambios de dimensión, de escala, que justifican esa nueva tripartición.

El nivel que se describe preferentemente es el de la economía llamada "de mercado": "los mecanismos de la producción y del intercambio ligados a las actividades rurales, a los tenderetes al aire libre, a los talleres, a las tiendas, a las bolsas, a los bancos, a las ferias y naturalmente a los mercados"³⁷; su característica es que se pueden medir.

Pero por debajo del mercado se encuentra lo que Braudel llama "vida material" o "civilización material", aunque no esconde que esos términos escogidos a falta de unos mejores, pueden traer confusiones. Es el campo de todo lo que no se mide, que no se paga, el vastísimo campo del trueque, de la ayuda mutua, del fraude, de la autosuficiencia. En el siglo XVIII, la mayoría de los hombres viven todavía esencialmente dentro de este tipo de economía. Pero si en nuestro siglo esta "vida material" ha retrocedido mucho frente al mercado, sigue subsistiendo, como bien lo muestra en la crisis actual cierto retroceso a formas de intercambios mutuos, de trabajo negro, etc....

Este es también el campo de las estructuras pesadas, de la lentitud de las evoluciones, de una historia casi inmóvil, pero fundamental, vista ahora desde el punto de vista económico. "La vida material en los siglos XV a XVIII es la prolongación de una sociedad y de una economía antiguas, transformadas de una forma muy lenta, imperceptible y que poco a poco han creado por encima de ellos, con los éxitos y las deficiencias que se pueden suponer, una sociedad superior cuyo peso soportan forzosamente y siempre ha habido coexistencia de lo alto y de lo bajo, variación interrumpida de sus respectivos volúmenes. ¿Cómo comprender las ciudades sin el campo, la miseria múltiple, sin el lujo múltiple, el pan blanco de los ricos, sin el pan moreno de los pobres?"³⁸.

Es también el campo de los modos de alimentación, de las técnicas elementales, etc., de las distintas maneras con que el hombre contesta a los desafíos que le brinda la naturaleza y que alcanzan a constituir verdaderos alfabetos de cada civilización, lo que el geógrafo francés Pierre Gour llama "opciones de civilización". Así, Braudel toma el ejemplo de los útiles: los yunques europeos son llanos, los yunques chinos son convexos. Se puede forjar hierro tanto en un yunque llano como en un yunque convexo; pero la forma de un yunque puede servir a identificar la civilización que le fabricó. Así mismo, hay civilizaciones donde la gente se sienta en el suelo y civilizaciones de la silla. Hay civilizaciones del maíz, del trigo, del arroz y esta opción en el alimento básico de las masas, trae consecuencias importantísimas: el arroz, que es el cereal que produce más calorías, permite densidades de población muy altas, como en los deltas de Asia Oriental. El maíz es el cereal que pide menos energía para criarse: así las civilizaciones del maíz tuvieron mucha fuerza laboral desempleada y pudieron construir monumentos ciclópeos aún con técnicas muy atrasadas. "La humanidad se unifica solo desde fines del siglo XV; hasta entonces estuvo dividida entre planetas distintos, cada uno de ellos con una civilización o una cultura particular, con sus originalidades y sus elecciones muy duraderas"³⁹. Esos planetas se llaman corrientemente "áreas culturales", caracterizadas por su coherencia en el espacio y su permanencia en el tiempo, aunque la "densidad cultural" sea mayor en las ciudades que en los campos, cerca del centro que en la periferia; aunque también se diferencian por su receptividad a los rasgos culturales ajenos: unas "glotonas", reciben más de lo que dan (por ejemplo Japón); otras, "generosas", dan más de lo que reciben (por ejemplo China). En su gran libro sobre los siglos XV a XVIII, Braudel las estudia en los siglos cruciales donde Europa conquista el mundo y le impone su economía. Pero no hay solo una vida económica debajo de la economía de mercado; también hay otro piso arriba, por encima del mercado, y que hay que distinguir con mucho cuidado de este último.

"Por encima del mercado se han levantado activas jerarquías sociales que falsean el intercambio a su favor, trastocan el orden establecido, crean turbulencias. Así, los grandes comerciantes de Amsterdam en el siglo XVIII, de Génova en el siglo XVI, no sufren de manera diferente las leyes de la competencia"⁴⁰. "Grupos de actores privilegiados se han introducido así en circuitos y cálculos que el común de los mortales ignora. El cambio, por ejemplo, ligado a los comercios lejanos y a los complicados juegos del crédito, es un arte sofisticado, abierto, como muchos, a unos pocos privilegiados"⁴⁰.

El autor va a diferenciar este último nivel del inferior, llamándolo **capitalismo**; "eso es el auténtico capitalismo, siempre multinacional, pariente de las grandes compañías de las Indias y de los monopolios de cualquier tama-

ño, de derecho y de hecho, que existían antaño, análogos en sus fundamentos a los monopolios actuales"42.

El capitalismo siempre existió, no empieza con el siglo XIX y la revolución industrial, ni siquiera en el XVI como lo quiso Marx para quien "la biografía del capital empieza en el siglo XVI". Braudel dice que "cabe sostener que las empresas de los Fugger y los Welser eran transnacionales, como se diría hoy, puesto que operaban en toda Europa y tenían a la vez representantes en la India y en la América española"43. Hubo ya capitalistas en las ciudades italianas en el siglo XIII y mucho más temprano: "el capitalismo empieza con los fenicios"44, que comerciaban con Inglaterra y el Golfo de Guinea. El capitalismo es "hijo de la organización autoritaria de un espacio evidentemente desmesurado"45.

Además, para Braudel no hay etapas en el capitalismo, no hay paso de un capitalismo mercantil a un capitalismo industrial y después bancario. Ya en la Florencia del siglo XIII hay mercantes, banqueros, financieros, industriales... aunque a partir de la revolución industrial, la producción industrial llegó a ser la parte más importante del capitalismo. El monopolio tampoco nació en épocas recientes. Lo claro de un otro lado, es que hay zonas enteras sin capitalismo, zonas de desarrollo histórico muy atrasado, zonas de "cultura" frente a las zonas de "civilización". Para él América antes de Colón pertenece a esas últimas zonas.

Braudel no esconde que tiene poca simpatía por este mundo, y pretende que ni siquiera tiene para él la fascinación de Marx. Pero hay que distinguirlo cuidadosamente de la economía del mercado, al contrario del pensamiento leninista para quien "el gran capitalismo empieza en el mercado aldeano". Si se puede prescindir del capitalismo, es imposible suprimir la economía de mercado, como lo muestran las políticas económicas que han seguido en estos últimos años muchos países llamados socialistas, y que tienen por propósito reintroducir el mercado en economías ahogadas por una planificación excesiva. A partir de este concepto del capitalismo, Braudel va más lejos. Muestra cómo a partir de este último nivel de la economía, del tercer piso, se construyen vastísimos espacios económicamente autónomos, capaces por lo esencial de autoabastecerse y a los cuales sus lazos y sus intercambios internos les dan cierta unidad orgánica. Hasta el siglo XVIII, hubo varios conjuntos de este tipo en la tierra y además zonas fuera de todo conjunto, pues carecían de capitalismo, pero a partir de finales del siglo XV se dio un proceso de mundialización de la economía europea y ahora no existe sino un espacio económico en el mundo. A esos conjuntos Braudel los llama "economías-mundo".

El término, bastante extraño y algo malogrado según lo reconoce el mismo Braudel, no es suyo. Es una traducción literal del alemán

"Weltwirtschaft". Braudel se inspira aquí de un modelo económico abstracto a principios del siglo XIX por el alemán Von Thunen, que esquematizó la influencia de una ciudad en el campo alrededor como una serie de círculos concéntricos y mostró que a medida que se acerca a la ciudad, más activa se vuelve la actividad económica. El modelo de Von Thunen fue ampliado a escala mundial y modernizado por un discípulo de Braudel, alemán radicado en Estados Unidos, Immanuel Wallerstein, que publicó su gran libro *The modern World system*, en el año de 1975.

Entonces, ¿qué es para Braudel una economía-mundo?

Primero, es un espacio. Antes del siglo XVIII, es solo una parte del espacio universal: China, India, incluso Rusia, son economías mundo. Ese espacio tiene por lo general límites difíciles de rebasar, que "no se tiene interés económico en rebasar, salvo en circunstancias excepcionales"46 y que varían muy poco en el tiempo. Son desiertos como el Sahara, océanos como el Atlántico antes del viaje de Colón, montañas como el Himalaya entre China e India, pantanos infranqueables o malsanos como los que en la actual Polonia, Lituania y Bielorusia, separan a Europa de la exótica Moscovia. Pero de otro lado, una economía-mundo suele rebasar los límites de los imperios, de las civilizaciones, de las religiones: así el gran imperio de Carlos Quinto, el imperio turco, no representan límites económicos, como lo prueba la "evasión" del oro de las Indias a través de las fronteras porosas del primero. Así mismo, el límite entre cristiandad e islam no es un límite económico. Para Braudel, la economía-mundo es el más amplio espacio coherente que puede existir en la tierra.

Este espacio está organizado, jerarquizado. Aunque su unidad le es dada por el "tercer piso" económico, hay regiones enteras que se quedan en el piso intermedio, el del mercado, o en el piso inferior de la civilización material: piénsese en Cerdeña, los Balcanes... "una economía-mundo es una suma de espacios (...) agrupados por ella"47. No hay economía-mundo donde no hay en alguna parte un grado suficiente de desarrollo, y el sistema funciona gracias a esas desigualdades, esas diferencias de voltaje". Hay una división internacional del trabajo creada por el capitalismo, que es eterna y no puede abolirse mientras no se abole el mismo capitalismo. El capitalismo vive de eso; "el capitalismo es una creación de la desigualdad del mundo; necesita para desarrollarse, la complicidad de la economía internacional"48.

La importancia de los lazos creados por el capitalismo es enorme, aunque el volumen de dinero manejado por el piso "capitalista" puede aparecer muy pequeño frente al volumen manejado en el piso "economía de mercado". El dominio por excelencia del capitalismo es el comercio lejano, el "Fernhandel" de los alemanes; claro que se maneja mucho menos dinero en el comercio de la pimienta que en el comercio del trigo. Pero hay pocos

intermediarios, la concentración es enorme, tanto para la mercancía que es muy cara respecto a su peso, bastando unos navíos para abastecer Europa, como para los mercantes: menos de diez capitalistas de Lisboa, y después de Amsterdam, controlan el tráfico. Entonces los beneficios son altísimos y como los riesgos son también desmesurados, los apetitos desperdidos y los combates que se libran son titanescos y llevaron a Europa a la conquista del mundo.

Además, una economía-mundo es un espacio que gira alrededor de una ciudad. En el centro siempre hay una ciudad "excepcional, enigmática, deslumbrante, asombroso"⁴⁹. Son lugares de tolerancia, pues atraen poblaciones muy diferentes, son lugares de máxima diferenciación social, donde la máxima riqueza convive con la máxima pobreza. Son también lugares de vida muy cara y de inflación incesante, que incluso puede amenazar la prosperidad de la ciudad, como fue el caso de Nueva York, abandonada por las empresas y los particulares por su costo de vida demasiado alto.

Ninguna ciudad guarda eternamente el papel de centro de la economía mundo. Si miramos la historia de Europa desde el siglo XV, vemos cómo el centro pasa de Venecia a Anverso, de Anverso a Génova, de Génova a Amsterdam, de Amsterdam a Londres, de Londres a Nueva York, finalmente. El paso de un centro a otro se hace siempre por medio de una gran crisis: la crisis de 1929 no es nada más que el paso de la preeminencia de Londres a la de Nueva York. Además, esas transformaciones siempre tienen repercusiones en campos extra-económicos: así, cuando el centro de China pasa de Nankín a Pekín, el Imperio del Medio da la espalda al vasto Océano Pacífico, a las aventuras exóticas y se encierra en el continente frente a la amenaza de los bárbaros. Venecia, a fines del siglo XVI, pierde su imperio colonial con su preeminencia y sucede lo mismo con Londres a partir de 1945. También la lucha por el centro suele ser encarnizada y tener consecuencias a largo plazo: cuando Londres triunfa sobre París en la sucesión de Amsterdam en el siglo XVIII, Francia queda expulsada del Canadá y de la India. Años después España pierde sus colonias. Así mismo, cuando Felipe II escoge Madrid por capital frente a Lisboa que entonces (1582) era española, España pierde la oportunidad de albergar el centro de la economía-mundo, que pasa a ser Amsterdam.

La dominación del centro puede ser más o menos completa. Anverso, Génova, no tenían ninguna influencia política. En el siglo XVIII, Londres innova con la construcción de un amplio mercado nacional y de un poderoso imperio. También la dominación de Nueva York tiene una dimensión política evidente.

Hemos dicho que una economía-mundo es un espacio jerarquizado. Así que, cuanto más se aleja del centro, más se aleja también de la riqueza y de

la actividad económica. Cerca del centro, hay zonas y ciudades privilegiadas, que gozan de la riqueza y de las delicias de la civilización: por ejemplo, Italia del Norte en torno a Venecia en el siglo XVI. Después vienen regiones secundarias con ciudades que sirven de intermedias para los flujos económicos y pueden lograr un alto grado de desarrollo y de riqueza. Finalmente, en la periferia de la economía-mundo, en los márgenes neutrales que separan una economía-mundo de la otra, se encuentran zonas retrazadas, aisladas, pobres, con poblaciones casi esclavas al servicio del centro, sin actividad económica autónoma, con élites reducidas y poco dinámicas. En Europa, esas márgenes son las islas del Mediterráneo, los Balcanes, la región Polono-Lituana... Hay que añadir que aún en el corazón de la economía-mundo, se pueden encontrar por razones diversas "zonas neutrales" también muy atrazadas: por ejemplo, Bretaña interior, a pesar de estar cerca de Londres y de Amsterdam, vivía aún en el medioevo en el siglo VIII.

Finalmente, Braudel subraya con mucho énfasis que una economía-mundo no es todo, no gobierna a toda la sociedad. Es el orden económico, tal vez el más importante de todos, pero es sólo un orden frente a los otros órdenes, lo social, lo político, lo religioso, lo cultural... Eso se ve muy bien en el campo cultural: de hecho, en la historia de Europa, nunca el centro de la economía-mundo coincidió con el centro cultural del continente. En el siglo XVI el centro económico era Venecia y el centro cultural Florencia: fue el dialecto florentino el que se convirtió en la lengua italiana culta; el dialecto veneto, aunque sigue vivo ahora no tiene ningún estatuto literario. Así mismo, en el siglo XVIII, aunque Londres tiene un papel económico mucho mayor que el de París, el francés es la lengua de Europa y Voltaire intercambia cartas con todas las cabezas coronadas del continente.

El orden económico debe coexistir, adaptarse con los otros órdenes, los unos tienen repercusiones sobre los otros. Hay Estados en que son los capitalistas los que gobiernan: Florencia del siglo XIII, Estados Unidos del siglo XIX y principios del XX, hasta Roosevelt. Pero hay otros donde el gobierno no es del todo favorable a las actividades económicas. Braudel cita el ejemplo del más importante capitalista del imperio turco, el griego Michel Cantacusene, que terminó su vida ahorcado en la puerta de su suntuosísimo palacio de Istanbul, sin proceso, por orden del sultán. En Turquía, en China, las fortunas solían ser vitalicias y regresaban al Estado cuando moría su dueño, siempre eran precarias. Las creencias también tienen repercusiones en el campo económico: durante mucho tiempo el catolicismo prohibió prestar dinero con intereses, lo que obligó a usar para eso a los judíos; aún ahora el islam lo sigue prohibiendo.

Los cambios son muy lentos en las economías-mundo; "nunca se gana, nunca se pierde todo de una sola vez"⁵⁰. Braudel toma el ejemplo del retraso industrial de Francia, que es muy sensible desde 1830 hasta 1960, frente al

resto de Europa. Se ha dicho mucho que este retraso se debe a los estragos, a las guerras, a las pérdidas humanas de la revolución y del primer imperio y particularmente a los efectos del bloqueo impuesto por Inglaterra, pero en realidad todo empieza mucho antes, en el siglo XIV cuando con la decadencia de las ferias de Champagne, Francia pierde el control de la ruta que unía al norte y al sur de Europa, frente a la concurrencia de la nueva ruta marítima que pasa por Gibraltar.

¿Cuándo nació la economía-mundo europea? Marx y Wallerstein, colocan la fecha de su nacimiento en el siglo XVI. Para Braudel hay que remontar mucho antes, hasta la época de las primeras compañías mercantiles italianas, de las primeras ferias internacionales, o sea en los siglos XI o XII. Pero fue gracias al dinamismo de su capitalismo que Europa conquistó el mundo. China conocía desde el siglo V a.c. aceros que en Europa se pudieron fundir solo en el siglo XIX. En el siglo XIV los comerciantes chinos ya trataban con el este de África, y tenían los conocimientos necesarios para doblar primeros el Cabo de Buena Esperanza. Pero les faltó el dinamismo y eso es uno de los grandes misterios de la historia de China. Braudel lo explica por lo que el imperio chino, rodeado de paisajes muy poco desarrollados y de bárbaros, nunca tuvo que luchar para imponer su influencia económica a esos países: todo le fue demasiado fácil. En la conclusión de su obra, Braudel habla de la situación del mundo actual. Para él la unidad económica del mundo es algo definitivo; los países del Este no han logrado crear su propia economía-mundo: Rusia paga sus importaciones con dólares y copia las tecnologías americanas. Pero lo totalmente nuevo es que hay zonas amplísimas de la tierra donde el capitalismo ha desaparecido, aunque no la economía de mercado.

El capitalismo es una estructura muy fuerte que no podrá desaparecer por un proceso interno. Todas las victorias del comunismo en el mundo se han beneficiado de circunstancias excepcionales, con factores exteriores muy fuertes y violencias terribles: guerras mundiales en el caso de Rusia y China. Actualmente el centro de la economía-mundo está fuera de Europa y lo será sin duda por mucho tiempo. Pero está claro, de otro lado, que con la crisis actual, New York está perdiendo su papel privilegiado. Entonces dónde va a pasar el nuevo centro? Braudel no cree mucho en la hipótesis del Pacífico: la costa pacífica de los Estados Unidos tiene los mismos problemas de la costa atlántica, mismos problemas sociales y laborales, mismas legislaciones, mismas formas políticas; el Pacífico es un océano desmesurado, salpicado de islotes muy retrasados; los nuevos países del Pacífico asiático (Japón, Corea, Taiwan) están en posición precaria en la orilla de un inmenso continente comunista. Entonces Braudel prefiere no responder a la pregunta.

IV INFLUENCIA DE BRAUDEL

Después de haber presentado la obra de Braudel, nos toca añadir algunas palabras acerca de su influencia sobre los historiadores.

Braudel tuvo primero una influencia muy grande como "fundador de instituciones" según la expresión de Jacques Attali. Durante 25 años tuvo la dirección efectiva de la revista de Los Anales, máxima revista histórica en idioma francés. Fue de los profesores que más tesis dirigió. Durante más de 20 años organizó en Prato y en Italia seminarios internacionales concurridos por historiadores del mundo entero.

En 1956 fundó a partir de la sección de "Ciencias Humanas" de la EPHE, la **Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales (EHESS)** y lo que era antes un pequeño club de sabios anticonformistas fué durante unos 20 años la Meca de las ciencias del hombre en Francia. Ahora un poco contestada a su vez.

En 1962 fundó en París en el feo pero céntrico Boulevard Raspail, en una antigua prisión, la **Casa de las Ciencias Humanas**, que reunió los investigadores de todas las ciencias del hombre, en un mismo lugar, con encuentros comunes, revistas conjuntas, etc.... y se quedó dirigiéndola hasta su muerte, favoreciendo los intercambios y la interdisciplinaria. Aquí su influencia no se limitó al campo histórico. Reclutó profesores que las otras instituciones habían rechazado, como Roland Barthes, a quien la Sorbona apenas había ofrecido un puesto de ayudante, pues no tenía ningún diploma. También acogió en la EHESS cursos un tanto exóticos como los de lenguas y civilizaciones del Cáucaso que no cabían en la vieja escuela de lenguas orientales.

Su influencia sobre los historiadores actuales, por medio de la escuela llamada de "Los Anales" o "de la nueva historia", fue enorme y basta leer los homenajes con motivo de su muerte para comprobar que todos los grandes lo consideraban como su maestro; se le alcanzó a nombrar "el Papa de los Historiadores", a pesar de que durante muchos años hasta 1978 su obra se reducía casi a un solo libro. Y esa influencia rebasará ampliamente las fronteras de Francia; se pueden citar los nombres, en España de Caro Baroja, historiador de las religiones; en Italia de Sergio Romano, en el campo de la historia económica. En Polonia, donde Braudel se conoce muy bien, Bolislaw Geremek, más conocido como uno de los tenientes de Lech Walesa, es también un gran historiador del medioevo, y se puede citar también el nombre de Kula, historiador de la economía. En Estados Unidos ya hemos citado a Inmanuel Wallerstein; en este país la fama de Braudel, aunque llegó tarde, se convirtió desde entonces en una verdadera moda y ya existe un

"Fernand Braudel Center" en New York. Se podrán multiplicar los ejemplos: Turquía, México... En Colombia, Germán Colmenares hizo su tesis con Braudel.

Hay bastantes trabajos directamente inspirados por el Mediterráneo tanto por el método como por el área estudiada, pues Braudel puso de moda los estudios del sur de Europa. Se podría citar a Emmanuel Le Roy Ladurie (**Campesino del Languedoc**); a la monumental tesis de Pierre Chaunu **Sevilla y el Atlántico** que estudia el comercio interoceánico a lo largo del siglo XVI; a los trabajos de Pierre Goubert sobre Luis XIV y 20 millones de franceses y su tesis sobre la ciudad de Beauvais en los siglos XVII y XVIII; habría que nombrar a Mondrou, Duby, Le Goff (actual director de la revista de Los Anales), Vilar, Agulhon, Furet y tantos otros...

En algunas páginas de "Mediterráneo" que provocarán entonces un verdadero escándalo, Braudel intuyó que los ciclos del clima podían tener una influencia sobre la historia de los hombres. Después se inventaron técnicas para medir los cambios climáticos: medida de los anillos de crecimiento de los árboles en las sequías de California o en la carpintería de los castillos medioevales ("dendrochronología"); estudio del avance y del retroceso de los glaciares como en el valle de Chamonix en el siglo XVII; estudio de los polenitos, de la fecha de las cosechas que varía con el frío del invierno anterior... Se comprobó que hubo en los siglos XVII y principios del XVIII una "pequeña glaciación" que tuvo gran responsabilidad en las catástrofes a fines del reino de Luis XIV, que en el siglo XVI otro ciclo de frío acabó con la colonización del Groenland por los daneses, cuyos cadáveres degenerados fueron encontrados en el suelo helado por los arqueólogos. Un magnífico libro de Roy Ladurie, "La historia del clima" recoge esos datos.

Muchos son los campos de la historia que le deben mucho a Braudel. Cuando se trabaja en las relaciones centro-periferia, se hace referencia a la teoría de la economía-mundo. Aunque Braudel no trabajó nunca personalmente en el campo de la historia, que tiene lazos evidentes con la teoría de la larga duración. Cuando Philippe Ariés estudia la evolución del sentimiento de la muerte en el Occidente y muestra cómo se pasa de una muerte socializada, aceptada, a la cual uno se prepara con la ayuda de la sociedad entera, hasta una muerte moderna negada, fuera de la vida normal de los hombres, solitaria y sin más allá, pasando por manifestaciones como las danzas de la muerte del siglo XV o la muerte romántica del siglo XVI; cuando Michel Vavelle estudia los testamentos provenzales del siglo XVIII y muestra el paso de una mentalidad barroca a una mentalidad neo-realista, ¿qué hacen sino seguir los pasos de Braudel? Otros investigadores siguen los pasos de la peste en su penetración de Occidente en el siglo XIV hasta la última epidemia importante en Marsella en 1720; otros muestran que los animales también tienen su historia, que el gato no siempre existió en Francia, que las razas de perros son el resultado de largas evoluciones, que la desaparición

de las plagas de langostas en Europa son el resultado de evoluciones políticas y ecológicas en Africa Oriental; otros analizan la sedimentación del pasado en el paisaje europeo... Todos reconocen su deuda frente a Fernand Braudel, aunque reaparece también en estos últimos años una historia muy tradicional, con propósitos comerciales, que enfurecía al viejo maestro y, aunque también faltan evidentemente síntesis del tamaño de las de Braudel.

En conclusión, cabe subrayar que Fernand Braudel no estuvo exento de críticas tan personales (se decía que le gustaba bastante el poder y sus querellas con Robert Mandrou fueron homéricas), como profesionales: se criticó su tendencia a trabajar demasiado lejos de las fuentes primarias; su concepción de capitalismo, particularmente la idea que el capitalismo está fuera de las leyes de la concurrencia, su negligencia frente a los factores espirituales, particularmente religiosos; hijo de un maestro de primaria, lo que en Francia es típico de un medio social agnóstico, dijo alguna vez que no le importaría demasiado que desaparecieran las religiones que actualmente existen en Francia. Desde el Tercer Mundo se criticó su europeocentrismo; los marxistas subrayaron su tendencia a preocuparse más de las estructuras duraderas que de los cambios, a justificar la explotación de la periferia por el centro y, tacharon su filosofía política de reaccionaria; él mismo reconoció que la ciencia da siempre nuevos pasos y que ninguna obra es inmortal.

Pero fuera de que su obra más eterna tiene escasos ocho años y por consiguiente recoge los últimos logros de la historiografía, la historia contemporánea aún está explotando sus logros; además, sus obras son síntesis que se deben consultar para cualquier estudio del período que abarcan, incluso en el campo latinoamericano; pero también, son libros muy escritos con partes verdaderamente apasionantes. En alguna parte de **Civilización Material, Economía, Capitalismo**, hace la historia del vidrio. Muestra cómo en el medioevo, las casas estaban oscuras, frías, los vidrios eran pequeños y carísimos. En la mayoría de las casas no había vidrios en las ventanas, en invierno se colmaban con tejidos y cartones y se vivía con velas. Los más ricos tenían vitrales coloreados, con bordados de plomo muy anchos. Después, a medida que las técnicas de fundición del vidrio progresaban, la luz penetró en la vida privada de los hombres, se pudo vivir, leer y coser en casa sin necesidad de salir a buscar el sol.

Esos son los logros de Braudel.

ANEXO

Historia y Sociología

FERNAND BRAUDEL

Profesor en el Colegio de Francia

Algunas observaciones previas situarán, así lo espero, el presente capítulo. En él, casi siempre, entiendo por *sociología*, esa ciencia global que querían hacer, al comienzo de este siglo, Emile Durkheim y Francois Simiand — esa ciencia que la sociología no es todavía, pero hacia la cual no cesará de aspirar, aunque nunca llegue a serlo plenamente—. Entiendo por **historia una investigación científicamente conducida**, digamos, en rigor, una **ciencia, pero compleja: no hay una historia, un oficio de historiador, sino oficios, historias, una suma de curiosidades, puntos de vista y posibilidades, suma a la cual mañana se agregarán aún otras curiosidades, otros puntos de vista y otras posibilidades**. ¿Me haré comprender mejor por un sociólogo — que tiene tendencia, como los filósofos, a ver en la historia una disciplina de reglas y métodos definidos perfectamente y una vez por todas — diciendo que hay tantas maneras, discutibles y discutidas, de abordar el pasado como actitudes frente al presente? ¿Que la historia puede hasta considerarse como un cierto estudio del presente?

Dicho esto, que no se espere encontrar aquí una respuesta, o tan siquiera una tentativa de respuesta, a las habituales interrogaciones sobre las relaciones entre historia y sociología, o una continuación de la polémica, reiniciada constantemente y nunca la misma, entre esos vecinos que no pueden ni ignorarse ni conocerse perfectamente y que, en sus disputas, cuando se definen, lo hacen unilateralmente. Hay falsas polémicas como hay falsos problemas. En todo caso, el diálogo del sociólogo con el historiador es casi siempre un falso diálogo. Cuando Francois Simiand polemiza contra Charles Seignobos, cree hablar con la historia, mientras que habla con cierta histo-

ria, la que se ha llamado, con Henri Berr, *historizante*¹. Cuando se opone, en la misma época, a Henri Hauser, tiene frente a sí al más brillante historiador de su generación, es cierto, pero demasiado brillante, demasiado hábil abogado, afirmado en éxitos precoces y en las antiguas reglas de su oficio. Hubiera debido dirigirse a Paul Lacombe para tener un adversario de su talla. ¿Pero no corría el riesgo, justamente, de ponerse de acuerdo con él?

Ahora bien, la polémica es posible solamente cuando los adversarios se prestan a ella, consienten "en batirse a sable"², para hablar como un historiador irritado y divertido que replicaba, hace mucho tiempo, en 1900, a su crítico, precisamente el mismo Paul Lacombe. Este apasionado por la historia, con su voluntad de hacer una "historia-ciencia", podía, me imagino, entenderse con Francois Simiand, sicólogo. Un poco de cuidado hubiera bastado. ¿Paul Lacombe no llegaba, en su deseo de salir de las *impasses* y dificultades insolubles de nuestro oficio, hasta a evadirse del tiempo? "¡El tiempo! —decía—, pero si no es nada en sí; objetivamente, no es más que una idea nuestra..."³. Desgraciadamente, Francois Simiand no atacará a Paul Lacombe sino incidentalmente y se lanzará contra otros adversarios irreductibles. En verdad, hay siempre una historia que puede ponerse de acuerdo con una sociología o a la inversa, devorarse una a otra. Georges Gurvitch⁴, en su artículo de polémica histórico-sociológica, el de fecha más reciente en ese género —al menos para mi conocimiento— rehusa entenderse con Henri Marrou, pero se entendería más fácilmente conmigo... Con todo, habría que considerarlo bien: entre historiador y sociólogo no hay quizás ni disputa, ni acuerdo perfecto.

1

La primera y esencial precaución sería tratar de presentar rápidamente la historia, pero en sus definiciones más recientes, pues ninguna ciencia cesa de definirse nuevamente, de buscarse. Todo historiador es forzadamente sensible a los cambios que aporta, aún involuntariamente, a un oficio flexible, que evoluciona por sí mismo bajo el peso de conocimientos, tareas y entusiasmos nuevos, debido también al movimiento general de las ciencias del hombre. Todas las ciencias

1 La célebre controversia, sin embargo, comenzó también a propósito del libro de PAUL LACOMBE, *De l'histoire considérée comme science* (Paris, 1894). El artículo de FRANÇOIS SIMIAND, *Méthode historique et science sociale* (Revue de synthèse historique, 1903, págs. 1-22 y 129-157), lleva, en efecto, como subtítulo *Etude critique d'après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos*. Pero la obra de Paul Lacombe no es prácticamente discutida.

2 XENOPOL (Revue de synthèse historique, 1900, pág. 135, No. 2).

3 La science de l'histoire d'après M. Xénopol (Revue de synthèse historique, 1900, pág. 32).

4 Continuité et discontinuité en histoire et en sociologie (Annales E. S. C. 1957, págs. 73-84).

sociales se contaminan las unas a las otras y la historia no escapa a esas epidemias... De ahí sus cambios de ser, o de maneras, o de rostro.

Si nuestra mirada retrospectiva comienza con este siglo, tendremos a nuestra disposición, por lo menos, diez análisis y mil retratos de la historia, sin contar las posiciones que se delinean en las obras mismas de los historiadores, ya que éstos se inclinan gustosamente a creer que manifiestan mejor sus interpretaciones y sus puntos de vista en una obra que en una discusión precisa y formal de su pensamiento (de allí el reproche divertido de los filósofos, para quienes los historiadores no saben nunca muy exactamente la historia que hacen...).

Al comienzo de la serie, coloquemos, puesto que todo el mundo lo hace todavía, la clásica *Introduction aux sciences historiques de Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos*⁵. Señalemos, junto a ella, el juvenil artículo del joven Paul Mantoux (1930)⁶; luego mucho más tarde, después del clásico de Raymond Aron, *Introduction a la philosophie de l'histoire*⁷, punto de vista de un filósofo sobre la historia, llegamos al *Métier d'historien de Marc Bloch*, obra póstuma e incompleta (bastante alejada, sin duda, de la que hubiera hecho aparecer su autor, si la muerte no lo hubiera sorprendido trágicamente). Venimos luego a los chispeantes *Combats pour l'histoire*, de Lucien Febvre, colección de artículos que él mismo ha reunido⁸. No olvidemos, al pasar, el rapidísimo ensayo de Louis Halphen⁹, ni el brillante libro de Philippe Aries¹⁰, ni el alegato existencialista de Eric Dardel¹¹, ni aquel artículo de André Piganiol¹², ni el discurso de Henri Marrou¹³, interesante y fino, demasiado atento, quizá para mi gusto, únicamente a los espectáculos de una historia de la antigüedad y demasiado imbuido del pensamiento de Max Weber, preocupado, por consiguiente, más allá de toda medida, por la objetividad de la historia. **Objetividad y subjetividad en materia social:** este problema que apasionó al siglo XIX,

5 Agregar a ésta, CHARLES SEIGNOBOS, *La méthode historique appliquée aux sciences sociales* (Paris, 1901).

6 *Histoire et sociologie* (Revue de synthèse historique, 1903, págs. 121-140).

7 Paris, 1948, 2a. ed. La primera edición es de 1938.

8 *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (1a. ed., 1949, Paris; 3a. ed., 1959). Sobre este hermoso libro, véase la penetrante nota de J. STENGERS, *Marc Bloch et l'histoire* (Annales E.S.C., 1953, págs. 339-337).

9 Paris, 1953.

10 *Introduction à l'histoire* (Paris, 1946).

11 *Le temps de l'histoire* (Paris, 1954).

12 *Histoire, science du concret* (Paris, 1946).

13 *Qu'est-ce que l'histoire?* (Revue de Métaphysique et de Morale, 1955, páginas 225-247).

14 *De la connaissance historique* (1954). A completar con los hermosos boletines que da H.J. MARROU sobre la historiografía en la *Revue historique* (1953, págs. 256-270; 1957, págs. 270-289).

descubridor de los métodos científicos, ¿es hoy primordial? En todo caso, no nos es específico, es universal. He aquí una debilidad del espíritu científico, que sólo se puede superar, Henri Marrou lo dice con razón, redoblando la prudencia y la honradez. Pero, por favor, ¡no exageremos más de la cuenta, el papel del Historiador, aunque lleve una H mayúscula!

Abreviada, incompleta y limitada deliberadamente a la literatura francesa concerniente al tema, esta cortísima bibliografía permitiría, sin embargo, situar las polémicas pasadas: las jalona con bastante aproximación. Pero, por el contrario, los libros y los artículos señalados no dicen la multiplicidad real y fundamental de la historia, y sin embargo, esto es lo esencial. El movimiento profundo de la historia de la actualidad, si no me engaño, no consiste en elegir entre caminos y puntos de vista diferentes, sino en aceptar y sumar esas definiciones sucesivas en las cuales se ha intentado en vano encerrarla; pues todas las historias son nuestras.

Al comienzo de este siglo, se repetía gustosamente, mucho después de Michelet, que la historia era "resurrección del pasado". ¡Hermoso tema, hermoso programa! La "tarea de la historia es conmemorar el pasado, todo el pasado", escribía Paul Mantoux, en 1903. Mas, de ese pasado, ¿qué se retenía en realidad? Nuestro joven historiador de 1903 respondía sin vacilar: "Lo que es particular, lo que no sucede más que una vez es del campo de la historia"¹⁵. Respuesta clásica, imagen de la historia que proponen gustosos, con exclusión de toda otra, filósofos y sociólogos. Emile Bréhier, el historiador de la filosofía, en la nave que nos conducía hacia el Brasil en 1936, no quería abandonarla, en el curso de nuestras amistosas discusiones. Lo que se repetía de la vida pasada era, para él, del campo de la sociología, de la tienda, pues, de nuestros vecinos. Todo el pasado no era, entonces, nuestro. Pero no discutamos. Como todo historiador, yo también he sido atraído por los hechos singulares, por esas flores de un día que se marchitan tan pronto y que no se tienen dos veces entre los dedos. Más aún, creo que hay siempre, en una sociedad, viva o difunta, miles y miles de singularidades. Y sobre todo, si se toma esta sociedad en su conjunto, se puede afirmar que no repetirá nunca lo que ella es en su totalidad: se presenta como un "equilibrio" provisional, pero original, único.

Apruebo, pues, a Philippe Aries que hace girar su historia en torno a un reconocimiento de las diferencias entre las edades y las realidades sociales. Pero la historia no es sólo la diferencia, lo singular, lo inédito —lo que no se verá en dos oportunidades—. Y, por otra parte, lo inédito no es nunca perfectamente inédito. Convive con lo repetido o lo regular. Paul Lacombe decía, con respecto a Pavía (24 de febrero de 1525) o, mejor, a Rocroi (19 de mayo de 1943), que ciertos incidentes de

15 Art. cit. (pág. 122).

estas batallas "dependen de un sistema de armamento, de táctica, de costumbres y hábitos guerreros que se encuentran en un buen número de otros combates de la época"¹⁶. Pavía es, en cierto modo, el comienzo de la guerra moderna, un acontecimiento más en una familia de acontecimientos. En realidad, ¿cómo creer en esta historia exclusiva de los acontecimientos únicos? Francois Simiand¹⁷, al citar a Paul Lacombe, estaba de acuerdo con él y repetía por su cuenta la afirmación del historiador: "No hay un hecho en el que no se pueda distinguir una parte de individual y una parte de social, una parte de contingencia y una parte de regularidad". Así, desde el comienzo de este siglo, una protesta, una duda al menos, se elevaba contra esa historia reducida a los acontecimientos singulares y, por ende, prestigiosos, esa historia "lineal", "eventual", acontecimental, acabará por decir Paul Lacombe.

Sobrepasar el acontecimiento era sobrepasar el corto tiempo que lo contiene, el de la crónica o del periodismo —esas tomas de conciencia de los contemporáneos, rápidas, al día—, cuyos rastros nos devuelven tan vivo, el calor de los acontecimientos y de las existencias pasadas. Lo mismo podría uno preguntarse si, más allá de los acontecimientos, no hay una historia, inconsciente esta vez, o, mejor, más o menos consciente, que escapa en gran parte a la lucidez de los actores, los responsables o las víctimas: ellos hacen la historia, pero la historia los arrastra.

Esta búsqueda de una historia no-acontecimental se impuso en forma imperiosa al contacto de las otras ciencias del hombre, contacto inevitable (las polémicas dan prueba de ello) y que, en Francia, se organizó, después de 1900, gracias a la maravillosa *Revue de synthèse historique*, de Henri Berr, cuya lectura retrospectiva es tan emocionante; luego, después de 1929, gracias a la vigorosa y eficazísima campaña de los *Annales*, de Lucien Fèbvre y Marc Bloch.

Desde entonces, la historia se ha dedicado a captar los hechos de repetición tanto como los singulares y las realidades conscientes tanto como las inconscientes. A partir de ese momento, el historiador ha querido ser, y se ha hecho, economista, sociólogo, antropólogo, demógrafo, psicólogo, lingüista, etc. Estos nuevos vínculos de espíritu han sido, al mismo tiempo, vínculos de amistad, de corazón. Los amigos de Lucien Fèbvre y Marc Bloch, fundadores, animadores ellos también de *Annales*, constituyeron un coloquio permanente de las ciencias del hombre, de Albert Demangeon y Jules Sion, geógrafos, a Maurice Halbwachs, el sociólogo; de Charles Blondel y Henri Wallon, psicólogos, a François Simiand,

16 Véase más arriba, art. cit. (No. 2, pág. 84).

17 Art. cit. (pág. 18).

el filósofo-sociólogo-economista. Con ellos, **la historia se apoderó, bien o mal, pero de manera decidida, de todas las ciencias de lo humano; por obra de sus conductores quiso ser una imposible ciencia global del hombre.** Al hacer ésto, se abandonó a una supremacía juvenil, pero con el mismo derecho y en la misma forma que casi todas las ciencias humanas de entonces, pequeñas naciones en realidad, las cuales, cada una por su cuenta, soñaban con devorarlo, atropellarlo y dominarlo todo.

Desde entonces, **la historia ha continuado en la misma forma, nutriéndose de las demás ciencias del hombre.** El movimiento no se ha detenido, si bien, como era de esperar, se ha transformado. Es largo el camino¹⁸ desde *Métier d'historien*, testamento de Marc Bloch, a los *Annales* de posguerra, conducidos, en realidad, bajo la dirección única de Lucien Febvre. **Los historiadores, demasiado poco preocupados por el método y la orientación, apenas lo habrán notado.** Sin embargo, después de 1945, el interrogante volvió a plantearse: **¿cuáles eran el papel y la utilidad de la historia? ¿Esta era, o debía ser, solamente el estudio exclusivo del pasado?** Si para los años transcurridos, la historia se obstinaba en abarcar todas las ciencias del hombre, ¿no tendría esto consecuencias inevitables para ella? Dentro de su sector, la historia era todas las ciencias del hombre. Pero, ¿dónde terminaba el pasado?

Todo es historia se dice como en broma. Claude Lévi-Strauss escribía aún últimamente: "Pues todo es historia; lo que ha sido dicho ayer y lo que ha sido dicho hace un minuto es historia"¹⁹. Yo agregaré: **lo que ha sido dicho, o pensado, o hecho, o solamente vivido.** Pero si a la historia, omnipresente, le interesa lo social en su totalidad, es siempre a partir de ese movimiento mismo del tiempo que, sin cesar, trae la vida pero la arrebatada, la apaga y vuelve a encender su llama. **La historia es una dialéctica de la duración; por ella y gracias a ella, es estudio de lo social, de todo lo social, y por lo tanto del pasado y también del presente, uno y otro inseparables.** Lucien Febvre lo ha dicho y repetido durante los diez últimos años de su vida: **"La historia, ciencia del pasado, ciencia del presente"**.

Se comprenderá que el autor de este capítulo, heredero de los *Annales*, de Marc Bloch y Lucien Febvre, se sienta en una posición bastante particular para encontrar, "sable en mano", al sociólogo que le reprochare el hecho de no pensar como él, o de pensar demasiado como él. **La historia se me aparece como una dimensión de la ciencia social; forma con ella una**

18 Véase cuán juicioso y como de otra época, parecerá el artículo de JEAN MEUVRET, *Histoire et sociologie* (Revue historique, 1938).

19 *L'anthropologie structurale* (París, 1958, pág. 17).

unidad. El tiempo, la duración y la historia se imponen en realidad, o debieran imponerse a todas las ciencias del hombre. Sus tendencias no son de oposición, sino de convergencia.

2

He escrito ya²⁰, algo en contra de Georges Gurvitch, que **sociología e historia eran una sola aventura del espíritu, no el revés y el derecho de una misma tela, sino la tela misma, en todo el espesor de su trama.** Esta afirmación, claro está, es discutible y no se podría sostener de un extremo al otro. Pero responde, en mí, a un deseo, hasta imperioso, de **unificación de las diversas ciencias del hombre, para someterlas menos a un trato común que a una problemática común que las liberaría de una cantidad de falsos problemas, de conocimientos inútiles y prepararía, luego de las podas y ajustes que se imponen, una futura y nueva divergencia, capaz, entonces, de ser fecunda y creadora.** Pues se impone una nueva proyección de las ciencias del hombre.

No se puede negar que, frecuentemente, historia y sociología se unen, se identifican, se confunden. Las razones de ello son simples; por un lado, está esa supremacía, ese inflarse de la historia; por el otro, esa identidad de naturaleza; **la historia y la sociología son las únicas ciencias "globales", susceptibles de extender su curiosidad a cualquier aspecto de lo social.** La historia, en la medida en que es Historia y Sociología, todas las ciencias del hombre en el inmenso sector del pasado, **es síntesis, es orquesta.** Y si el estudio de la duración en todas sus formas le abre, como yo creo, **las puertas de lo actual, entonces está en todos los puestos del festín.** Allí se encuentra regularmente al lado de la sociología (que es, por vocación, también ella, síntesis) y que la dialéctica de la duración obliga a volverse hacia el pasado; lo quiera ella o no.

Aun si, según la vieja fórmula, se considera la sociología como **"esa ciencia de los hechos cuyo conjunto constituye la vida colectiva de los hombres"**, aún si se la ve, por predilección, buscando las estructuras nuevas que se elaboran en el calor y la complejidad de la vida actual, todo en lo social, ¿no va a depender de su curiosidad y su juicio? **Lo colectivo, sí, pero hay que separarlo bien de lo individual o encontrarlo en lo individual: la dicotomía debe repetirse siempre.** La renovación, pero no hay renovación sino con respecto a lo que es antiguo y no quiere siempre morir en el fuego de lo actual en que todo arde; la leña nueva y la leña vieja, ésta no más rápido que aquélla.

²⁰ *Annales E.S.C.* (1957, pág. 73).

Por lo tanto, **el sociólogo no puede sentirse desterrado en los campos de trabajo de la historia; encuentra allí sus materiales, herramientas, vocabulario, problemas, sus mismas incertidumbres.** Evidentemente, la identidad no es completa y a menudo se disimula: está el juego de las formaciones, los aprendizajes, las carreras, las herencias, la textura del oficio, las técnicas diferentes de información que impone la variedad de las fuentes de documentación (pero esto es verdad en el interior mismo de la historia; el estudio de la Edad Media y el del siglo XIX exigen una actitud distinta frente al documento). La historia, puede decirse, es uno de los oficios menos estructurados de la ciencia social, por lo tanto, uno de los más flexibles y más abiertos. Entre nosotros, las ciencias sociales están quizás presentes más a menudo aún que en la sociología misma, cuya vocación es, sin embargo, contenerlas a todas. Hay una historia económica cuya riqueza avergüenza, estoy seguro, a la muy flaca y anémica sociología económica. Hay una maravillosa historia geográfica y una vigorosa geografía histórica que no pueden parangonarse a la ecología puntillista de los sociólogos. Hay una demografía histórica (es historia, o no es) al lado de la cual la morfología social es cosa ligera. Hay, así mismo, una historia social mediocre, pero que no podría enriquecerse en contacto con los malos estudios de la sociología tipológica (por no decir lo que sería pleonazgo: la sociología social). Y es muy probable que la historia cuantitativa, del tipo de la de los programas de Ernest Labrousse y sus alumnos (Congreso Histórico de Roma, 1955), obtenga, en el campo del estudio de las clases sociales, una ventaja decisiva sobre la sociología abstracta, demasiado preocupada, en mi opinión, por el concepto de clases sociales en Marx o en sus émulos.

Pero detengámonos allí. Sería demasiado fácil hacer corresponder, punto por punto, lo que intentan los sociólogos y lo que hacemos nosotros, los historiadores; la sociología del conocimiento y la historia de las ideas, la microsociología y la sociometría por una parte, y, por la otra, la historia de superficie, llamada acontecimental, esa microhistoria en que la crónica policial es vecina del acontecimiento sensacional, explosivo, *socio-drama*, a decir verdad, y que puede extenderse a las dimensiones de una nación o de un mundo... En cierto momento, hasta no aprecio más, con claridad, la diferencia que puede haber entre esas actividades colindantes, entre sociología del arte e historia del arte; entre sociología del trabajo e historia del trabajo; sociología literaria e historia literaria; entre historia religiosa, al nivel de Henri Brémond, y sociología religiosa, al nivel excepcionalmente brillante de Gabriel Le Bras y de sus discípulos... ¿Y las diferencias, cuando existen, no podrían suprimirse si el menos brillante de los dos siguiera la línea del más brillante? Así, el historiador no está suficientemente atento a los signos sociales, a los símbolos y a los papeles sociales regulares y subyacentes. Pero numerosos ejemplos lo prueban; un esfuerzo pequeño bastaría para que el historiador viera aparecer esos

problemas bajo sus propios ojos. Se trata de desplazamientos y faltas de atención, no de imperativos o exclusividades del oficio.

Otro signo fraternal de esas correspondencias: el vocabulario tiende a identificarse de una ciencia a otra. Los historiadores hablan de crisis *structurale*; los economistas de crisis *structurelle*; Levi-Strauss vuelve a *structurale* en su último libro, *Anthropologie structurelle*²¹. Diremos nosotros, del mismo modo, ¿*conjonctural*, que suena mal, o *conjoncturel*? La palabra *acontecimental*, creada por Paul Lacombe (éste dudaba, ya he dicho, entre *eventual* y *acontecimental*), adoptada por François Simiand y que ha llegado hasta los historiadores hace cerca de diez años, ha sido lanzada desde entonces en una órbita común. La palabra "plano" ha salido del pensamiento de Georges Gurvitch y se aclimata mal que mal entre nosotros. Diremos que hay planos de la realidad histórica, más aún, planos de la explicación histórica, y por lo tanto, posibles planos del acuerdo o la polémica histórico-sociológica: cabe disputar o reconciliarse cambiando de piso.

Pero dejemos este juego que sería fácil proseguir. Más vale mostrar su interés. El vocabulario es el mismo o se hace el mismo, porque, cada vez más, la problemática es la misma, bajo el signo cómodo de dos términos victoriosos por el momento: modelo y estructura. El modelo hizo su aparición en las aguas vivas de la historia como "herramienta de artesano", pero al servicio de las tareas más ambiciosas; la o las estructuras nos asedian: se habla demasiado de estructuras, aún en *Annales*, decía Lucien Febvre en uno de sus últimos escritos²². En realidad, la ciencia social debe, sea como sea, construir el modelo, la explicación general y particular de lo social y reemplazar una realidad empírica y desconcertante por una imagen que sea más clara y más fácil de explotar científicamente. Debe, pues, elegir, mutilar, reconstruir, dosificar, aceptar las contradicciones y casi buscarlas. ¿Lo social tiene, o no, esa estructura escalonada, "hojaldrada", para usar la expresión del doctor Roumequère²³. ¿Cambia la realidad con cada piso o estrato? Entonces es verticalmente discontinua. ¿Está estructurada en todo su espesor o en un cierto espesor solamente? Fuera de las envolturas duras de las estructuras se situarían zonas libres, no organizadas, de la realidad. Lo estructurado y lo no estructurado, hueso y carne de lo social. Pero el movimiento que arrastra a la sociedad, ¿está él también estructurado, puede decirse, según el esquema

21 Op. cit. (París, 1958).

22 Prefacio de *Séville et l'Atlantique*, de HUGUETTE y PIERRE CHAUNU (t. I, pág. XI). "Y luego ¿estructuras? Palabra de moda, lo sé, hasta, a veces se exhibe en *Annales*, con exceso, según mi gusto".

23 Coloquio de la Escuela de Altos Estudios, VI Sección, sobre las estructuras (resumen dactilografiado, 1958).

de una estructura llamada "dinámica"? O, si se quiere, ¿hay una regularidad de las fases necesariamente repetidas en todos los fenómenos de evolución histórica? ¿El "movimiento de la historia" no actuará a ciegas...?

3

En verdad, estos problemas se unen e imbrican, o debieran reunirse y engranarse. Por una paradoja aparente, el historiador, en este caso, sería tal vez más simplificador que el sociólogo. En efecto, por más que pretenda, hasta el fin, que lo actual es también de su campo, el historiador lo estudia mal y con menos frecuencia que lo social pasado, decantado y simplificado por mil razones que es inútil señalar. El presente, por el contrario, es un llamado a lo múltiple, a lo complicado, a lo "pluridimensional". ¿No oye, no percibe ese llamado quizás tan bien como el sociólogo, observador de las efervescencias de lo actual?

Esta mirada circular deja una impresión de analogía e identidad bastante pronunciada. Los dos oficios, en su conjunto, tienen los mismos límites, la misma circunferencia. Poco importa si aquí está mejor trabajado el sector histórico y, allá, el sector sociológico: un poco de atención y trabajo y los sectores corresponderían mejor y alcanzarían, sin dificultad, los mismos éxitos.

Esta analogía sólo podría ser rechazada —y quién sabe aún así— en caso de que el sociólogo no quisiera la intrusión del historiador en lo actual. Pero, ¿sería posible, luego, reducir la totalidad de nuestras oposiciones a un dudoso contraste entre ayer y hoy? De los dos vecinos, uno se introduce en el pasado que, después de todo, no es su campo específico, en nombre, si se quiere, de la repetición; el otro penetra en el presente en nombre de una duración creadora de estructuraciones y desestructuraciones, y también de permanencia. Repetición y comparación, por un lado, duración y dinamismo, por el otro, hacen presa en lo real, son herramientas que cada uno puede usar. ¿Es tan claro el límite entre lo real vivido y lo real que se vive o se va a vivir? Los primeros sociólogos sabían bien que lo actual sostenía únicamente una parte de su construcción. Debemos forzosamente, decía François Simiand, "buscar los hechos y los casos de experiencia en la relación del pasado de la humanidad"²⁴.

Menos aún creo en una oposición de los estilos. ¿Es la historia más continuista y la sociología más discontinuista? Así se ha sostenido, pero, ¡qué pregunta mal hecha es ésta! Para estar completamente seguros, sería menester poner las obras mismas frente a frente, ver si esas oposiciones en nues-

24 Art. cit. (pág. 2).

tros oficios respectivos, son internas o externas. No olvidemos, además, que en la actualidad la discontinuidad no hace sino abordar en claro la reflexión histórica. Marc Bloch, por haber planteado prematuramente este gran problema, en vísperas de la guerra de 1939, desencadenó en el campo de los historiadores, una de las discusiones más vanas.

En verdad, cada historiador, como cada sociólogo, tienen su estilo. Georges Gurvitch lleva al exceso y al escrúpulo su deseo de una sociología complicada, hiperempírica, a imagen de una realidad que él juzga, no sin razón, frondosa. C. Lévi-Strauss rechaza y destruye esa frondosidad para descubrir la línea profunda, pero estrecha, de las permanencias humanas. ¿Es menester elegir y decidir, a todo precio, quién es, de los dos, el sociólogo? Cuestión de estilo, repito, y de temperamento. Lucien Febvre tuvo, él también, la preocupación de lo frondoso y lo diverso, y su estilo, como a dos voces, se prestó más y mejor que otro a esos diseños complicados y repetidos a gusto. Fustel, por el contrario, es simple y preocupado por la línea trazada por un solo movimiento de la mano. Michelet explota en líneas múltiples. Pirenne y Marc Bloch serían mucho más continuistas que Lucien Febvre. Pero, tanto como a sus temperamentos, ¿no lo deben al espectáculo que contemplan: una Edad Media occidental en que el documento se oculta? Con el siglo XV, y más aún con el XVI, mil voces, que antes no se hacían oír, se elevan. Comienzan las grandes charlas de la época contemporánea. En resumen, para mí no hay un estilo de la historia del cual ésta se pueda salir. Del mismo modo en la sociología, Durkheim es de una simplicidad autoritaria, lineal. Lo mismo Halbwachs, que, una vez por todas, clasifica. Marcel Mauss es más variado, pero casi no lo leemos —y con razón—; oímos su pensamiento que repercute en sus discípulos y que se mezcla, así, vivo, en la corriente de la investigación actual.

En total, las diferencias que buscamos en nuestra vecindad, no son según estas fórmulas o distinciones fáciles. Hay que llevar el debate (o, mejor, nuestra investigación, pues no se trata de una polémica que debamos reanimar) al corazón de la historia, a los diversos planos del conocimiento y del trabajo histórico, primeramente, y, luego, a la línea de la duración, de los tiempos y las temporalidades de la historia.

4

La historia se sitúa en diferentes planos, yo diría de buen grado tres, pero es sólo una manera de hablar, simplificando mucho. Habría que hablar de diez y de cien planos; de diez y de cien duraciones diversas. En la superficie, una historia acontecimental se inscribe en el tiempo corto: es una microhistoria. A mitad de la pendiente, una historia circunstancial

sigue un **rítmo más amplio y más lento**. Hasta ahora, se la ha estudiado sobre todo en el plano de la **vida material, de los ciclos o interciclos económicos**. (La obra maestra de esta historia es el libro de Ernest Labrousse²⁵ sobre la crisis, en realidad semiinterciclo (1774-1791), que sirve de plataforma de lanzamiento a la Revolución Francesa). Más allá de este "recitativo" de la circunstancia, **la historia estructural, o de larga duración, discute siglos enteros; se halla en el límite de lo móvil y lo inmóvil y, debido a sus valores largo tiempo fijos**, hace figura de no variante frente a las demás historias, más prontas para transcurrir y para cumplirse y que, en suma, gravitan en torno a ella.

En resumen, **tres series de niveles históricos** con los cuales, infortunadamente, la sociología no está todavía en contacto. Ahora bien, a esos distintos niveles, el diálogo con la historia no podría tener el mismo carácter o, por lo menos, la misma animación. Hay, sin duda, **una sociología de la historia y del conocimiento histórico** en cada uno de esos tres niveles, pero esa sociología queda por construir. Nosotros, los historiadores, sólo podemos imaginarla.

Una **sociología de lo acontecimental** sería el estudio de **esos mecanismos rápidos**, siempre ubicados y nerviosos, que registran, **día a día cómo se hace la supuesta historia del mundo, esa historia abusiva en parte en la cual los acontecimientos se encadenan y gobiernan unos a otros, y en la cual los grandes hombres son regularmente vistos como directores de orquesta autoritarios**. Esta sociología de lo acontecimental sería, también, la repetición del antiguo diálogo (lo repetido, lo inédito); sería, así mismo, **la confrontación de la historia tradicional, por una parte, y de la microsociología y la sociometría, por otra**; ¿son éstas, como yo pienso, más ricas que la historia superficial y por qué? ¿Cómo determinar el lugar de esta ancha napa de historia en el complejo de una sociedad en lucha con el tiempo? Todo eso sobrepasa, si no me equivoco, las antiguas querellas. **El hecho diverso** (sino el acontecimiento, ese sociodrama) es **repetición, regularidad, multitud**, y nada nos dice, de manera absoluta, que su nivel sea sin fertilidad, o valor científico. Habría que fijarse bien.

Si, a propósito del **acontecimiento**, nuestra imaginación no descansa casi, por el contrario, **todo está por construir**, iba a decir inventar, en lo que concierne a la circunstancia, ese personaje ignorado o casi ignorado por la sociología. ¿Es la circunstancia bastante fuerte, o no, para perturbar los juegos de profundidad, favorecer o contrariar los vínculos colectivos, estrechar éstos, tender y quebrar aquéllos? François Simiand no ha hecho más

25 La crise de l'économie française à la veille de la Révolution (París, 1944).

que esbozar una **sociología del tiempo circunstancial**, según los flujos y reflujos de la vida material. El impulso (la fase A) y la facilidad que ofrece, al menos en ciertos sectores, ¿mantendría, o no, en su lugar los juegos sociales y las estructuras? Con el reflujo de cada fase B, la vida material (y no solamente ella, se entiende) se reestructura, busca otros equilibrios, los inventa, moviliza fuerzas de ingeniosidad o, por lo menos, les da libre curso. pero, en esos sectores, los trabajos de los historiadores y los economistas no han acumulado aún bastantes datos, ni diseñado bastantes cuadros válidos para que se vuelva a utilizar o se prolongue el esbozo de Simiand. Por otra parte, la historia circunstancial no será completa si, a las circunstancias económicas, no se les agrega el estudio de las circunstancias sociales y las demás situaciones concomitantes del repliegue o del impulso. El entrecruzamiento de las circunstancias simultáneas será sociología eficaz.

En el plano de la **historia de larga duración**, no basta con decir que historia y sociología se unen y respaldan: se confunden. La **larga duración es la historia interminable y duradera de las estructuras y grupos de estructuras**. Para el historiador, **una estructura no es solamente arquitectura o ensambladura; es permanencia, a menudo más que secular (el tiempo es estructura)**: ese gran personaje atraviesa inmensos lapsos sin alterarse; si se deteriora en ese largo viaje, se recompone en el camino, restablece su salud y, finalmente, sus rasgos sólo se alteran lentamente.

He tratado de mostrar²⁶, no me atrevo a decir demostrar, que toda la nueva investigación de **Claude Lévi-Strauss — comunicación y matemáticas sociales mezcladas — es coronada por el éxito solamente cuando sus modelos navegan en aguas de larga duración**. Cualquiera que sea el comienzo elegido para su camino — la microsociología o cualquier otro plano — **la estructura sólo se destaca cuando llega a esa planta baja del tiempo, medio adormecido**: vínculos primitivos de parentesco, mitos, ceremoniales e instituciones, derivan del flujo más lento de la historia. Entre los físicos está de moda hablar de falta de peso. **Una estructura es un cuerpo sustraído a la gravedad, a la aceleración de la historia**.

Pero el historiador fiel a las enseñanzas de **Lucien Febvre** y de **Marcel Mauss** querrá siempre **captar el conjunto, la "totalidad" de lo social**. Se ve así llevado a **cotejar planos, duraciones, tiempos diversos, estructuras, circunstancias y acontecimientos**. Este conjunto constituye, a sus ojos, **un equilibrio global bastante precario y que no puede mantenerse sin constantes ajustes, choques o deslizamientos**. En su totalidad, **lo social, en lucha con su devenir**, es idealmente, en cada corte "sincrónico" de su historia, una imagen siempre diferente, si bien esta

26 F. BRAUDEL, Histoire et sciences sociales: la longue durée (Annales E.S.C., 1958, 4).

imagen repite mil detalles y realidades anteriores. ¿Quién lo negaría? Por eso es que **la idea de una estructura global de la sociedad inquieta e incómoda al historiador**, aún si, entre **estructura global y realidad global**, subsiste, como es justo, una diferencia considerable. **Lo que el historiador quisiera salvar, en el debate, es lo incierto del movimiento de la masa, sus diversas posibilidades de deslizamiento, libertades y algunas explicaciones "funcionales" hijas del instante o del momento.** En esta etapa de la "totalidad" —no me atrevo a decir de la "totalización"— en el momento, en suma, de pronunciar la última palabra, el historiador volvería así hacia las posiciones antisociológicas de sus maestros. Toda sociedad es, también ella, única, aún cuando muchos de sus materiales sean antiguos; se explica fuera de su tiempo, sin duda, pero también en el interior de su propio tiempo; ciertamente es, en conformidad con el espíritu mismo del Henri Hauser y Lucien Febvre, **"hija de su tiempo"** de aquel, claro está, que la encierra; función de ese tiempo y no solamente de las duraciones que comparte con otras experiencias sociales.

5

¿Me he dejado tentar por ilusiones fáciles? He mostrado cómo el oficio de historiador desborda por sobre sus antiguos límites, cómo discute el campo mismo, o casi, de la ciencia social, y cómo proyecta su curiosidad en todas direcciones. Al comienzo de este siglo, hacia la psicología: es la época en que Werner Sombart afirma que el capitalismo es, primeramente, espíritu. (Mucho más tarde, siempre en esta misma línea de conquista, Lucien Febvre hablará de "herramientas mentales"). Luego, alrededor del año 1930, hacia la economía política coyuntural que François Simiand revela a los historiadores franceses, y luego, por mucho tiempo, hacia la geografía. Se observará lo poco que el marxismo ha asediado nuestro oficio en este siglo. Pero sus infiltraciones, tentaciones e influencias son múltiples y poderosas: ha faltado solamente, en esta primera mitad del siglo XX, una obra maestra de historia marxista que hubiera servido de modelo y de punto de reunión. La esperamos todavía. Pero, esta enorme influencia ha desempeñado su papel entre las numerosas transformaciones de nuestro oficio, que **han obligado al historiador a desprenderse de sus hábitos, a contraer nuevos, a salir de sí mismo, de sus aprendizajes, más aún, de sus éxitos personales.**

Estas migraciones y metamorfosis tienen, sin embargo, un límite secreto, exigente. **El historiador no sale nunca del tiempo de la historia: ese tiempo se adhiere a su pensamiento como la tierra a la azada del jardinero. Sueña, claro está, con escaparse. Incitado en parte por la angustia de 1940, Gaston Roupnel²⁷ ha escrito, a este respecto, palabras**

27 Histoire et destin (París, 1943, passim).

que hacen sufrir a todo historiador sincero. He citado también la antigua reflexión de Paul Lacombe, historiador: **"El tiempo no es nada en sí, objetivamente"**²⁸. ¿Pero se trata aquí de verdaderas evasiones? Personalmente, durante una cautividad bastante morosa, he luchado mucho para escapar a la crónica de esos años difíciles (1940-1945). **Rechazar los acontecimientos y el tiempo de los acontecimientos era ponerse al margen, a resguardo, para mirarlos un poco de lejos, juzgarlos mejor y no creer demasiado en ellos. Pasar del tiempo corto, al tiempo menos corto y muy largo (si existe, este último sólo puede ser el tiempo de los sabios), y, luego, llegado a ese término, detenerse, considerar todo nuevamente y reconstruir, ver girar todo en torno a sí mismo: la operación es como para tentar a un historiador.**

¿Pero, esas huidas sucesivas no lo arrojan, en definitiva, fuera del tiempo del mundo y del tiempo de la historia, imperioso por ser irreversible y porque corre al mismo ritmo que la tierra gira? En realidad, **las duraciones que distinguimos son solidarias las unas de las otras: no es tanto la duración lo que es creación de nuestro espíritu, sino las divisiones en trozos de esa duración.** Ahora bien, esos fragmentos se unen al término de nuestro trabajo. **Larga duración, circunstancia y acontecimiento, encajan sin dificultad, pues todos se miden por una misma escala. Del mismo modo, participar en espíritu en uno de esos tiempos, es participar en todos.** El filósofo, atento al aspecto subjetivo, interno, de la noción de tiempo, no siente nunca ese peso del tiempo de la historia, de un tiempo concreto, universal, como ese tiempo de la circunstancia que Ernest Labrousse describe, al comienzo de su libro, como un viajero siempre idéntico a sí mismo que recorre el mundo e impone idénticas exigencias, cualquiera que sea el país donde desembarca, el régimen político o el orden social que aborda.

Para el historiador, todo comienza y termina por obra del tiempo, un tiempo matemático y demiurgo, del cual sería fácil reír; un tiempo como exterior a los hombres, que los impele, los obliga, y se lleva sus tiempos particulares de colores diversos: el tiempo imperioso del mundo.

Los sociólogos, claro está, no aceptan esta noción demasiado simple. Están mucho más próximos a la dialéctica de la duración, tal como la presenta Gaston Blanchard²⁹. **El tiempo social es simplemente una dimensión particular de tal o cual realidad que yo contemplo.** Interior a esta realidad como puede serlo a un individuo, es uno de los signos —entre otros— que la afectan, una de las propiedades que la marcan como un ser

28 Véase, Histoire et Sciences Sociales, p. 124.

29 Dialectique de la durée (2a. ed., 1950).

particular. El sociólogo no se siente incomodado por este tiempo complaciente al que puede, a voluntad, cortar, dotar de esclusas, poner de nuevo en movimiento. **El tiempo de la historia se prestaría menos al doble juego ágil de la sincronía y la diacronía:** dicho tiempo no permite imaginar la vida como un mecanismo cuyo movimiento se puede detener para presentar cómodamente una imagen inmóvil de aquélla.

Este desacuerdo es más profundo de lo que parece: el tiempo de los sociólogos no puede ser el nuestro; repugna, si no me equivoco, a la estructura profunda de nuestro oficio. **Nuestro tiempo es medida, como el de los economistas.** Cuando un sociólogo nos dice que una estructura no cesa de destruirse para reconstituirse, aceptamos gustosos la explicación que la observación histórica confirma, por otra parte. Pero nosotros querríamos, en **medio de nuestras exigencias habituales, saber la duración precisa de esos movimientos, positivos o negativos. Los ciclos económicos, flujo y reflujo de la vida material, se miden.** Una crisis estructural social debe igualmente ubicarse en el tiempo, a través del tiempo; situarse exactamente en sí misma y más aún con relación a los movimientos de las estructuras concomitantes. Lo que interesa apasionadamente a un historiador es el estrecharse de esos movimientos, su interacción y sus puntos de ruptura, cosas todas que sólo pueden registrarse en relación al tiempo uniforme de los historiadores, medida general de todos esos fenómenos, y no al tiempo social multiforme, medida particular de cada uno de esos fenómenos.

Estas obstinadas reflexiones las formulará un historiador, con razón o sin ella, hasta cuando penetre en la sociología acogedora, casi fraternal, de Georges Gurvitch. ¿Un filósofo no lo definía hace muy poco como "el que arrinconó la sociología contra la historia"? Ahora bien, hasta en su misma obra, el historiador no reconoce ni sus duraciones ni sus temporalidades. El vasto edificio social de Georges Gurvitch se organiza según cinco arquitecturas esenciales: los planos de profundidad, las sociabilidades, los grupos sociales, las sociedades globales y los tiempos, siendo este último andamiaje, el de las temporalidades, el más nuevo, el último construido y como añadido al conjunto.

Las temporalidades de Georges Gurvitch son múltiples. Distingue toda una serie de ellas; el tiempo de larga duración y de movimiento lento, el engañoso o tiempo sorpresa, el cíclico o de danza en el mismo lugar, el atrasado con relación a sí mismo, el que alterna el atraso con el adelanto, el adelantado con relación a sí mismo, el explosivo, etc. ¿Cómo podría el historiador dejarse convencer? Con esta gama de colores, le sería imposible

30 GILES GRANGER, Événement et structure dans les sciences de l'homme (Cahiers de l'Institut de Science économique appliquée, Serie M, No. 1, págs. 41-42).

31 GEORGES GURVITCH, Déterminismes sociaux et liberté humaine (Paris, 1955, págs. 38-40).

reconstituir la luz blanca unitaria que le es indispensable. Pronto también advierte que ese tiempo camaleón marca, sin más, con un signo suplementario, con un toque de color, las categorías distinguidas anteriormente. En la ciudad de nuestro amigo, el tiempo, recién llegado, se aloja naturalmente en casa de los demás; se hace a la medida de esos domicilios y sus exigencias, según los planos, las sociabilidades, los grupos y las sociedades globales. Es una manera diferente de volver a escribir, sin modificarlas, las mismas ecuaciones. Cada realidad social segrega su tiempo o sus escalas de tiempo como conchillas. Pero, ¿qué ganamos con ello nosotros, los historiadores? La inmensa arquitectura de esa ciudad ideal permanece inmóvil. La historia está ausente de ella. El tiempo del mundo, el tiempo histórico, se encuentra allí como el viento en la morada de Eolo, encerrado en una piel de chivo. Los sociólogos no tienen, finalmente e inconcientemente, nada contra la historia, sino contra el tiempo de la historia, esa realidad que continúa violenta aunque se trate de arreglarla y diversificarla, esa imposición a la cual el historiador no escapa jamás. **Los sociólogos escapan a ella casi siempre; se evaden, ya en el instante, siempre actual, como suspendido por encima del tiempo, ya en los fenómenos de repetición que no son de ninguna edad; se evaden, por lo tanto, en un acto opuesto al espíritu que los acantona, sea en lo acontecimental más estricto, o bien en la duración más larga. ¿Es lícita esa evasión? Allí está el verdadero debate entre historiadores y sociólogos.**

No creo que sea posible escamotear o esquivar la historia. Es necesario que el sociólogo tenga cuidado. La filosofía (de la cual viene y en la cual permanece) lo prepara demasiado bien para sentir esa necesidad concreta de la historia. Las técnicas de la encuesta sobre lo actual traen aparejado el riesgo de consumir ese alejamiento. Todos esos investigadores de lo vivo, un poco apresurados y apremiados, además, por sus empleadores, harán bien, a su vez, en desconfiar de una observación rápida, a flor de piel. Una sociología acontecimental llena nuestras bibliotecas y los archivos de los gobiernos y las empresas. Lejos de mí la idea de rebelarme contra esta boga o declararla inútil. Pero, ¿qué puede valer, científicamente, si no registra el sentido, la rapidez o la lentitud, la ascensión o la caída del movimiento que arrastra todo fenómeno social, si no se pone en relación con el movimiento de la historia, con las percusiones de su dialéctica que corre del pasado al presente y hasta al porvenir mismo?

Quisiera yo que los jóvenes sociólogos, en sus años de aprendizaje, se tomaran el tiempo necesario para estudiar, aunque sea en el más modesto

archivo, la más simple de las cuestiones de historia; que tuviesen, una vez al menos, fuera de los manuales esterilizantes, un contacto con un oficio simple, pero que sólo se comprende practicándolo — como todos los demás oficios, sin duda. No habrá ciencia social, a mi ver, sino en una reconciliación y una práctica simultánea de nuestros diversos oficios. Lanzarlos el uno contra el otro — cosa fácil — es una controversia que se ejecuta sobre aires muy antiguos. Lo que necesitamos es música nueva.

BIBLIOGRAFIA SELECCIONADA

1. Más aun que los libros citados en el curso de este artículo, que ilustran los conflictos entre la historia y la sociología, yo aconsejaría a los jóvenes sociólogos leer algunas obras capaces de hacerles tomar un contacto directo con la historia y, más especialmente, con esta forma de la historia que es vecina de su propio oficio.

Los títulos que se indican a continuación, constituyen una selección de obras entre otras numerosas y posibles que variarán siempre, según los gustos e inquietudes de cada uno.

VIDAL DE LA BLACHE. La France, tableau géographique (París, 1906).

BLOCH (M.). Les caractères originaux de l'histoire rurale française (París - Oslo, 1931); La société féodale (París, 1940, vol. I y II, 2a. ed. 1949).

FEBVRE (L.). Rabelais et les problèmes de l'incroyance au XVI^e siècle (París, 1943).

DUPRONT. Le mythe de Croisade. Etude de sociologie religieuse (París, 1956).

FRANCASTEL (P.). Peinture et société (Lion, 1941).

BRAUDEL (F.). La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II (París, 1949).

CURTIUS (E.). Le Moyen Age latin (P.U.F.).

HUIZINGA. Le déclin du Moyen Age (trad. francesa, París, 1948).

LABROUSSE (E.). La crise de l'économie française à la veille de la Révolution (París, 1944).

LEFEBVRE (G.). La Grande Peur (París, 1932).

2. Los estudios metodológicos sobre la historia forman legión. Recordemos algunos de los escritos que hemos citado:

ARIES (P.). Le temps de l'histoire (París, 1954).

BLOCH (M.). Métier d'historien (París, 1949, 3a. ed., 1959).

BRAUDEL (F.). Histoire et sciences sociales: la longue durée (Annales E.S.C., 1954).

FEBVRE (L.). Combats pour l'histoire (París, 1953).

MARROU (H.J.). De la connaissance historique (París, 1954).

PIGANIOL (A.). Qu'est-ce que l'histoire? (Revue de métaphysique et de morale, París, 1955, págs. 225-247).

SIMIAND (F.). Méthode historique et science sociale (Revue de synthèse historique, 1903, págs. 1-22 y 129-157).

de la historia que se veía de su propio oficio.
 de la historia y la sociología, en contacto con la historia y, más recientemente, con una forma
 de hacer tomar un contacto directo con la historia y, más recientemente, con una forma
 de hacer tomar un contacto directo con la historia y, más recientemente, con una forma
 de hacer tomar un contacto directo con la historia y, más recientemente, con una forma

Los títulos que se indican a continuación, constituyen una selección de obras entre otras nume-
 rosas y posibles que vanán siempre, según los gustos e inclinaciones de cada uno.

VIDAL DE LA BLACHE, La France, atlas géographique (Paris, 1908).

BLOCH (M.), Les caractères originaux de l'histoire rurale française (Paris - Gail, 1931); La
 société féodale (Paris, 1940, vol. I y II, 2a ed. 1949).

FEBVRE (J.), Rabelais et les conditions de l'humanisme au XVI^e siècle (Paris, 1943).

DUPONT, Le mythe de Grésaille. Etude de sociologie religieuse (Paris, 1958).

FRANCASTEL (P.), Peinture et société (Lyon, 1941).

BRAUDEL (F.), La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II
 (Paris, 1949).

CURTUS (E.), Le Moyen Age latin (P. U. F.).

HUTTINGA, La déclin du Moyen Age latin, français, Paris, 1946).

LABROUSSE (E.), La crise de l'économie française à la veille de la Révolution (Paris, 1946).

LEFEBVRE (G. J.), La Grande Peur (Paris, 1932).

2. Los estudios metodológicos sobre la historia, fortran según. Recomendamos algunos de los
 señores que hemos citado:

ARIES (E.), La terna de la historia (Paris, 1954).

BLOCH (M.), Méthode d'histoire (Paris, 1949, 3a ed., 1959).

BRAUDEL (F.), Histoire et sciences sociales: la longue durée (Annales E.S.C., 1958).

FEBVRE (J.), Combat pour l'histoire (Paris, 1953).

MARROU (H. L.), De la connaissance historique (Paris, 1954).

PIGANDI (A.), Qu'est-ce que l'histoire? (Revue de métaphysique et de morale, Paris, 1935,
 page 225-247).

SIMIAND (F.), Méthode historique et science sociale (Revue de synthèse historique, 1903,
 page 122 y 129-137).

FERNAND BRAUDEL

UPTC - Tunja
Biblioteca Jorge Palacios Preciado



H 000024336

Hijo de un maestro de escuela, nació el 24 de agosto de 1902 en Luneville - en Ornois, en el Nordeste de Francia. En 1923 recibió la "Agregación" en Historia, título que lo capacitó para la docencia, enseñando historia sucesivamente en Liceos de Argel y París y un año en la Facultad de Artes de Sao Paulo. Con una formación positivista inicial, su encuentro con Levi Strauss, en Brasil, amplió su visión del mundo y en la Escuela Práctica de Altos Estudios de París, de la cual fue Director, se vinculó al



*grupo de historiadores de la revista **Anales**, fundada en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre. Sostuvo su tesis en 1947, publicada dos años después con el título **El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo de la Época de Felipe II**, y desde entonces apareció como un gran innovador en el campo histórico. El reconocimiento definitivo de su genio vino solo en el crepúsculo de su vida con su elección a la Academia Francesa en 1984; un año después y en plena actividad, falleció a finales de noviembre de 1985, a los 83 años.*

JEAN PIERRE MINAUDIER

Investigador francés, nacido en 1961; profesor agregado de historia (1984). Antiguo alumno de la Escuela Normal Superior de la Rue d'Ulon (1980-1985). Titular de Investigación en la Universidad de París I-Sorbona (Directores de investigación: Francois Chevallier, Francois-Xavier Guerra).

Docente adjunto en la Universidad del Valle de Cali.

Investigador en el Instituto Francés de Estudios Andinos de Lima (Director: Yves Saint-Geours).

Realiza un trabajo sobre la Independencia de Pasto y su Región.

Participó, como conferencista, en el Programa del Magister en Historia de la UPTC, con el tema "Fernand Braudel o la Nueva Historia", aquí publicado.